



# Historia verdadera

Luciano de Samósata









LUCIANO DE SAMÓDATA

# Historia verdadera

traducción, introducción y notas de

FRANCISCO SOCAS

ilustraciones de

JUAN SOCAS



la piedra lunar

Título original: Ἀληθῆ διηγήματα  
Luciano de Samósata, *Historia verdadera*  
Ediciones La Piedra Lunar, 2013  
www.lapiedralunar.com

De la introducción, traducción y notas, Francisco Socas  
De las ilustraciones, Juan Socas  
Ilustración de cubierta: Julius Grimm, *Der Mond*, óleo sobre lienzo (1888)

ISBN: 978-84-939102-2-8  
Imprime: Sand

El TALLER PRÁCTICO DE CREACIÓN EDITORIAL, impartido por LA PIEDRA LUNAR, y que se basó en este libro como material de trabajo, forma parte de la sección dedicada a libros y literatura ESCRITORIO, del Cicus.



El traductor Francisco Socas ha contado para su tarea con el apoyo del proyecto Classica et Humanistica Hispalensia FFI2011-29630, de la DGICyT (Ministerio de Economía y Competitividad).

El editor desea dejar constancia de su agradecimiento a Juan Diego Martín Cabeza, Rosario Moreno Soldevila, Antonio Álvarez, así como al personal de la Imprenta Sand, que amablemente nos abrió sus puertas.

Los contenidos de este libro se rigen por una licencia Creative Commons del tipo BY-NC-ND. Dicha licencia estipula que los contenidos podrán ser compartidos libremente, siempre que se reconozca en los créditos la autoría de los mismos y se indique de modo completo su procedencia, que no se obtenga de dicha distribución un beneficio económico ni se modifiquen ni alteren los contenidos. Se ruega no reproducir sin el permiso expreso del editor.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
<i>HISTORIA VERDADERA</i> , PARTE PRIMERA	43
<i>HISTORIA VERDADERA</i> , PARTE SEGUNDA	73





## INTRODUCCIÓN

*Fuiste lúcido, valeroso a tu manera y buen escritor; viviste en un siglo asombroso, ridículo y terrible, como todos: en nada nos eres ajeno. Por eso te saludo, al comenzar de nuevo a leerle.*

F. SAVATER, «Invocación a Luciano»

### ¿QUÉ SABEMOS DE LA VIDA DE LUCIANO?

No es mucho lo que podemos decir sobre la vida de Luciano y casi todo lo extraemos de lo que él mismo nos cuenta en sus obras. Oriundo de Samósata, localidad situada en el territorio administrativo de Siria, debemos imaginarlo como un hombre moreno, cuya lengua materna fue probablemente el arameo y que, gracias a la escuela (él mismo lo confiesa), aprende el griego. Esta asimilación temprana de la lengua le permitió acogerse para siempre ya a la cultura helénica. También nos ha hecho saber que, después de una breve estancia en el taller de un tío escultor, abandonó esos ensayos de un oficio manual y se dio del todo a las tareas de la literatura.

El aprendizaje de las técnicas retóricas lo hace en ciudades de la costa jónica, tal vez Éfeso o Esmirna. Entonces estudió, con ahínco y placer sin duda, la literatura griega, leyendo con fervor los modelos que había de imitar y recrear tantas veces. Recordemos que la pedagogía de la escuela antigua se encaminaba por entero a formar oradores. Los alumnos aprendían a hablar bien y el arte de la persuasión. Muchos literatos, si no todos,

se formaron de ese modo e iniciaron una carrera abogacil. Luego la abandonaban abrupta o lentamente para dedicarse en exclusiva al prestigioso pero poco lucrativo oficio de la literatura (cuya expresión más intensa era la poesía). Luciano, en efecto, ejerció de abogado en Antioquía al principio, pero pronto se fue alejando de pleitos y tribunales para encarnar la figura de uno de esos conferenciantes viajeros, verdaderos artistas de la palabra, que ganaban popularidad y buenos dineros con discursos de aparato. Entregado a semejante tarea visitó Grecia, Italia y las Galias.

En un momento dado de su existencia, hacia los cuarenta años, hace de Atenas su residencia predilecta. Vivió este asentamiento como un paso decisivo, como si trocara la retórica y sus artificios por la filosofía. Atenas se había convertido en una especie de capital de la cultura. Emperadores admiradores de lo griego como Adriano y algunos mecenas como el riquísimo Herodes Ático habían embellecido sus calles y edificios. Entre las ruinas de su glorioso pasado y estos nuevos esplendores albergaba a maestros herederos de las viejas escuelas, filósofos y profesores de oratoria, rodeados todos por una masa de jóvenes discípulos. Muchos de estos aprendices eran romanos de buena familia o aspirantes a una carrera literaria. Allí permaneció Luciano veinte años instruyéndose y enseñando a la vez, escribiendo y dando recitaciones de sus obras para el gran público.

Algunos ven en este lance una especie de conversión. Pero Luciano fue hombre inquieto, de muchas residencias mentales y corpóreas. El amor a Atenas le viene con cierto hartazgo de la retórica y una suerte de vocación filosófica; no es una conversión, sino más bien una maduración fruto de la edad y el descontento consigo mismo. Ahora bien, se siente insatisfecho con la va-

ciudad de la retórica al uso, pero no da el paso decisivo hacia una vida y una obra filosóficas. Por suerte para la literatura no logró ser un filósofo cabal y estricto; nunca dejó de ser un intelectual de variados intereses, uno de esos personajes que entonces se hacían llamar sofistas, como los viejos adversarios de Sócrates (aunque eran algo diferentes de ellos, eran menos profesoriles y técnicos, más literarios).

Es justamente dentro de este periodo ateniense, saturado de escritos que censuran la sociedad en general y sobre todo los usos y abusos literarios, cuando compone la *Historia verdadera*.

Al final de su vida, –corría el año 179–, a pesar de que había desaconsejado vivamente a los griegos emplearse como pedagogos o asesores al servicio de las grandes familias romanas, Luciano fue a Egipto para desempeñar un cargo como funcionario imperial, acaso el de secretario en la cancillería del prefecto. La del Nilo era una provincia opulenta y que por tanto permitía el enriquecimiento de sus administradores. Nuestro hombre estaba en puertas de la vejez y tenía dificultades para ganarse la vida como conferenciante viajero. Quizá no había acumulado ni capital ni patrimonio y quería resolver de una vez sus problemas económicos.

Algunos estudiosos creen que, incapaz de adaptarse al empleo, regresó de nuevo a su amada Atenas y reanudó su actividad como escritor; otros aseguran que no volvió nunca. De todos modos, el año 180, uno después de emprender el viaje a Egipto, es el último que se puede certificar a partir de sus escritos, gracias a que uno de ellos contiene una alusión a Marco Aurelio como ya divinizado, esto es, fallecido. No hay ninguna noticia posterior fechable en su obra ni contamos con fuentes externas. Por desgracia Filóstrato, un intelectual mucho

más anodino y típico de su tiempo que Luciano, no incluyó a nuestro autor en sus *Vidas de los sofistas*. Y es que o no vio que había sido el más grande de estos nuevos intelectuales o quiso castigarlo por haber despreciado la retórica y haberse comprometido demasiado con la vida. La *Suda*, un prontuario enciclopédico de la época bizantina, por considerarlo enemigo del cristianismo, le consagra a Luciano pocas líneas y le asigna un final merecido: muere devorado por unos perros.

#### UN GRIEGO ENTRE ROMANOS

¿En qué espacio, en qué coyuntura de las edades se movió Luciano? El hombre surge como un aerolito que desde los márgenes del territorio helénico, se adentra y brilla en el orbe romano. Nunca dejó de desplazarse en él de un lado para otro. Curioso intelectualmente y necesitado siempre de nuevos públicos, fue viajero por oficio y afición. En uno de sus viajes conoció la propia Roma y de su paso por la capital del imperio nos dejó constancia en algunas de sus obras. Él allí era exactamente uno de esos «miserables griegos muertos de hambre» (*graeculus esuriens*) que, según el poeta satírico romano Juvenal (en un raptó xenófobo de su sátira III), había depositado el río Orontes de Siria en la Urbe como un fango hediondo y perverso. Y la vida de Roma, cabeza del mundo, desfila por dos de las obras del inmigrante Luciano. Una es la titulada *Nigrino* en honor del filósofo platónico de este nombre que en ella interviene. La otra es el tratadito *Sobre los que trabajan a sueldo*, referido a los griegos que se emplean como pedagogos o asesores en las casas de los romanos ricos y poderosos (oficio que, al final de su vida, hemos visto que no rehusó Luciano).

En el *Nigrino* ensalzó el carácter desinteresado y contemplativo de la filosofía griega y denigró el prag-

matismo ramplón, el lujo y la violencia de la sociedad romana, contraponiendo todo esto con la vida callada y culta de los atenienses. En Roma la moderación del filósofo se hace difícil: «...no es poco resistir a tantos deseos, a tantas imágenes y sonidos que rivalizan y tratan de arrastrarte en todas direcciones» (19). La miseria y servidumbre no desaniman a ninguno «y todos deambulan llenos de esperanzas irrealizables» (20). Porque una ciudad no son las casas y calles sino un estado de ánimo, un deseo, una quimera.

En el otro escrito, *Sobre los que trabajan a sueldo*, dirigido a un tal Timocles, desciende a muchos detalles menudos del maltrato que sufren los griegos en las casas romanas y llama a este oficio de pedagogo «servidumbre voluntaria». Establece las causas que impulsan a los pedagogos. Es la primera la pobreza, seguida del miedo a una vejez desvalida y, por último, el afán de buena vida y placeres. En algunos casos la más engañosa de las razones podía ser la búsqueda de distinción y prestigio social. Y ¿cómo son estos romanos que tienen tanto interés en mejorar su educación? La cultura, dice Luciano, «les importa muy poco» (25). Sus ansias de adquirir la sabiduría de Homero, la agudeza de Demóstenes o la magnanimidad de Platón no es más que superficial; si se levanta el oropel de las almas lo que hay debajo es «orgullo, blandenguería, vida regalada, sensualidad, insolencia e incultura» (25). Tener un griego en casa es un signo de distinción, nada más. El amo, cuando va a sus tareas, saca a la calle a aquel barbudo de rara vestimenta a fin de que la gente vea que aprovecha el tiempo instruyéndose y que también él tiene *su* griego. Luciano admite que los romanos tienen razón al abrigar ciertos prejuicios, porque muchos griegos que no son capaces de nada bueno o provechoso suministran

a sus amos «predicciones, filtros, hechizos amorosos y encantamientos contra los enemigos» (40), presentándose como expertos en tales artes. Los pobres de fuera quieren entrar en las casas de los ricos pero luego para los admitidos no hay escapatoria entre los muros de este irresistible y peligroso castillo de irás y no volverás.

Me he detenido en este cuadro, trazado por el propio Luciano, porque creo que es en gran parte autobiográfico y nos permite entrever cómo tuvo que buscarse la vida nuestro autor en un imperio que todavía no asimilaba bien a todos sus súbditos y maltrataba un tanto a los griegos, mucho a los orientales, siempre y del todo a los pobres.

Los acontecimientos personales y minúsculos, como son las inquietudes y rencores que expresa Luciano, nos tientan a colocar todo esto en el panorama inabarcable de la historia universal y a perorar sobre el enfrentamiento de Grecia y Roma (creatividad, libertad y gracia por el lado heleno, imitación, tiranía y fealdad por el lado latino). Nada de eso. Luciano viaja por occidente porque hay allí una minoría bilingüe. La cultura se ha hecho grecolatina.

En *Nigrino* y *Sobre los que trabajan a sueldo*, más que una postura radicalmente antirromana, se expresa el sentimiento doloroso de que un intelectual nunca está en el sitio que merece ni es tratado como se debe. sencillamente porque la mercancía que ofrece el sabio o el hombre de letras, para su dicha y su desgracia, no tiene precio.

Dando de lado a cuestiones solemnes y palabras excesivas, diremos que Luciano sabe muy bien reírse compasivamente de los hombres y de sí mismo. Romanos y griegos, en sus diarias luchas por lograr el bien escaso de una vida digna, se nos presentan en sus páginas

como profundamente humanos. Y el propio Luciano es capaz de reflexionar sobre su propia condición con una sonrisa en la boca. El rumor de la risa y el controlado vuelo de la fantasía fueron su venganza y su escapatoria de las sordas y amargas leyes de un destino que les impuso vivir dentro de una clase, una nación y una época incómodas.

Como ya hemos referido, el grecosirio Luciano, andando el tiempo, habría de ser él mismo un empleado a sueldo de la administración romana en Egipto. La contradicción flagrante entre este tardío compromiso con los poderosos y lo que con ardor repudió un día es tan llamativa que quizás por eso mismo escribió una defensa o justificación de su conducta. La *Apología* viene a decir que no es tan malo participar en la maquinaria imperial romana. Todo el alegato sugiere por el contrario que Luciano no se siente tan incómodo dentro de las leyes romanas y que está dispuesto a aprovecharse de ellas. Una de sus líneas argumentales es que el cobro de un sueldo por parte de un griego no es más que la recuperación de los impuestos y homenajes –incluidas las plegarias a los dioses– que Grecia entrega y dedica al emperador. Luciano no dice contra Juvenal que los griegos sean buenos, sino simplemente que son desgraciados. Porque Luciano, se ha señalado, fue el primer griego en hablar de todos los habitantes del imperio como ‘nosotros’ y lo hace además con naturalidad, sin alardes. En algunos pasajes de sus obras deja ver que está en buenas relaciones con algunos miembros de la aristocracia romana y gobernadores provinciales. Con la aceptación de un cargo demostró lo imparables de la integración de los griegos en el sistema romano (por una ironía de la historia, la parte oriental y griega del imperio, perduraría mil años más que la occidental y

latina). Lo cierto y verdad es que fue una de las figuras más ricas de la literatura griega que se desarrolla dentro del régimen imperial romano.

#### DE QUÉ Y CÓMO ESCRIBIÓ

Nos han llegado de nuestro autor unos 82 títulos, de los cuales tal vez una decena son apócrifos. Técnicamente se trata de ejercicios (*méletai*), introducciones a conferencias (*prolalíai*), diálogos (*diálogoi*) y discursos de aparato (*lógoi epideiktikoí*). Unas pocas obras adoptan la forma epistolar. Solamente la *Historia verdadera* es un relato largo y continuado, que podemos encajar en la forma de la novela, un género que también inventan los griegos pero al que no se dignaron dar nombre.

Estas obras abordan los más variados temas: material autobiográfico y de vidas ajenas, viajes, cuestiones como la tensión entre retórica y filosofía, la denuncia de la impostura, los problemas de la verdad y el bien, la exaltación de la amistad como único valor seguro, la crítica social y literaria. Ya veremos que la *Historia verdadera* es esto último, una censura de los malos libros en la forma de parodia.

En una primera época sus discursos (*El desheredado*, *Fálaris*, *El tiranicida*), sus descripciones artísticas (*De una casa*) y algunos encomios (*Elogio de la mosca*) tienen un aire académico o sofístico muy pronunciado. E incluso en época tardía regresa a esas maneras algo fáciles, tal y como se ve en la *prolaliá* titulada *Heracles*, que compuso ya en edad avanzada.

Cuando Luciano alcanza su madurez artística compone sus piezas más originales, llegando a forjar casi un nuevo género literario. Para esta creación toma como modelo a un filósofo de la escuela cínica, Menipo, oriundo de la ciudad palestina de Gádara y que vivió



en la primera mitad del siglo III a.C. Las sátiras de este autor le proporcionan el tono y algunos temas. Le inspira también la siempre seductora obra de Platón –el más literario de los filósofos– y, al mismo tiempo, surgen acá y allá elementos caricaturescos de la comedia ática, tanto la Vieja (desaforada y carnavalesca), como la Nueva (burguesa y realista). Sin duda la forma que más le atrajo y en la que logró mayor maestría fue esta del diálogo. Dos o más interlocutores –Menipo entre ellos, a veces el propio Luciano bajo el nombre de Parresiades o Licino– conversan a lo largo de numerosas obritas que se incluyen en grandes series. Estos repertorios reciben nombres según la condición de sus protagonistas: dioses del Olimpo, habitantes del mundo de los muertos, démones marinos y meretrices. Vamos a decir algo acerca de estas cuatro colecciones.

Los *Diálogos de los dioses*, en número de 26, critican la mitología y la religión helénicas. Le ganaron a su autor el título –uno de los que se lo aplican es el revolucionario Engels– de «Voltaire griego». No obstante, algunos creen que la crítica religiosa que en estos diálogos ejerce Luciano era inactual, lanzaba sarcasmos inocuos, manejaba tópicos trasnochados y se recreaba en bonitos escarceos literarios de repertorio. Otros (como Fernando Savater en su «Invocación a Luciano») le echan en cara no haber apuntado al verdadero enemigo que alzaba su cabeza: el cristianismo (que entonces –digamos en excusa de Luciano– era una secta judía próspera, pero no todavía omnipresente ni demasiado visible). Es verdad que en aquellos tiempos ya la fe de los griegos estaba realmente muy debilitada, tenía un carácter meramente cultural y operaba en las mentes sobre todo a través de la poesía. En muchas de estas páginas Luciano parece dar palos a león muerto. Sin embargo, los espíritus li-

bres –desde el Renacimiento hasta el Siglo de las Luces– han aprovechado muchos de sus rasgos de ingenio y su libertad sin miedo para, mediante oportunas traslaciones, demoler otros ídolos más fuertes y activos que los paganos (de hecho algunas de las obras de Luciano quedaron incluidas en el primer *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia Católica).

Los *Diálogos de los muertos* –30 en total– entroncan con la filosofía como «entrenamiento en la muerte» (fórmula que en griego reza *meléte thanátou* y en latín *meditatio mortis*). Se trata de adoptar la perspectiva más correcta para comprender la futilidad de muchas cosas humanas y la verdadera importancia de otras; lograr vivir como si se estuviera muerto, para que la muerte, cuando llegue, no nos amedrente, porque ya no tenga nada que hacer. Pero el mundo de abajo, donde viven los muertos, es también una inversión del mundo de lo alto y sirve de escenario para plantear innumerables cuestiones con otro color, comprender las miserias del poder y el dinero. Y siempre los puyazos a lo irracional. Así por ejemplo, en uno de ellos (30), el bandido Sóstratos demuestra al juez Minos que si la astrología es cierta no hay responsabilidad moral ni hay castigo justo.

Un carácter más costumbrista y recreativo tienen las dos series restantes, los *Diálogos marinos* (en número de 15), que recogen con humor amoríos, disputas y empresas de los dioses marinos y fluviales, y los *Diálogos de las cortesanas* (también 15), donde unas *hetairas*, criaturas que llevan una vida ajetreada y al margen de la sociedad, exponen intimidades de alcoba, penas de amor o, en fin, las mañas con que seducen y sonsacan a sus amantes. Todo encaja en un escenario estilizado y pretérito, la Atenas del siglo III a.C., y tiene el tono de las comedias de Menandro.

En los tiempos de Luciano estaba muy extendida la oratoria ambulante a cargo de personajes que halagan el patriotismo de las gloriosas ciudades griegas con discursos de aparato o que propagan filosofías marginales como el cinismo. Quedaba aparte, pero con gran repercusión en las masas, un sinnúmero de predicadores de toda clase de credos (nuevas religiones que van ocupando el lugar que dejan los antiguos dioses civiles y sus cultos). Contra la penetración de lo irracional y la charlatanería religiosa de su época se dirigen dos obras protagonizadas por predicadores interesados y estafalarios, *La muerte de Peregrino* y *Alejandro o el falso profeta*. El primero de estos embaucadores, apodado Proteo, es un inquieto y extravagante personaje que, haciendo honor a su apodo, recalca en diversos cultos y filosofías. El año 165 corona su existencia suicidándose de modo exhibicionista ante la multitud congregada para asistir a los festivales y competiciones de Olimpia (Luciano se presenta como testigo ocular del suceso y, además, había ya conocido al individuo en una travesía desde Asia Menor a Grecia). Durante un tiempo Peregrino Proteo fue cristiano, y lo que allí dice Luciano de esta nueva secta fue justamente lo que le ganó, como apuntamos arriba, el ambiguo honor de entrar en el *Index*. El segundo biografiado, Alejandro de Abonutico (105-171), es el fundador o reformador de un nuevo culto iniciático en torno a un dragón o divinidad telúrica (Asclepio-Glicón). Con este segundo tiene Luciano un choque comprometido, pues tales movimientos religiosos tenían fuerza y arraigo social profundo (hoy muchos estudiosos ven a Alejandro como un iluminado convencido y sincero, no como impostor).

Frente a estas biografías negativas hay otras ejemplares que perfilan las figuras de filósofos de vida íntegra,

merecedores de estima y a los que habría que imitar de algún modo. Una de ellas escenifica la personalidad del platónico Nigrino, ya conocido por el lector. La titulada *Vida de Demonacte* gira en torno a un filósofo que causó a Luciano viva impresión en Atenas, pero que resulta ser una figura completamente desconocida. Hay quien piensa que se trata de un mero nombre simbólico o parlante (pues *Demonacte* suena algo así como «Guía del pueblo»). Ha llamado la atención que Luciano lo engrandezca y no hable, en cambio, de otros dos grandes filósofos de su tiempo como fueron Epicteto (el estoico de origen servil) y Marco Aurelio (el emperador estoico). Pero es que a Luciano los estoicos con sus aires aristocráticos y su seriedad no le caen muy bien. Sus afinidades eran sobre todo con la Secta del Perro, tomando como portavoz a la figura de Menipo. Pero a la vez esta honda simpatía por los cínicos, con su libertad, su independencia y su *atyphía* ('falta de humos'), no impidió nunca que rechazara la parte de impudor y grosería, exhibicionismo y desprecio por la *paideía*, que también, y para mal, los caracterizaba.

*Cómo ha de escribirse la historia* contiene una razonable crítica de la tendencia de los historiadores a convertirse en meros apologistas de los poderosos, cuando no a fantasear y dar de lado a la verdad de los hechos. Este tratado esboza el retrato del narrador ideal, veraz y crítico. La *Historia verdadera* vendría a ser un ejemplo de lo que ocurre cuando los historiadores se desprecupan de la verdad y postergan el buen juicio.

Por el *Tóxaris o La Amistad* vemos que la amistad es el único valor reconocido por este autor nuestro, escéptico, burlón y algo misántropo. Sin embargo, este tratado nos interesa porque en él luce sus dotes de narrador en cinco historias fabulosas y ejemplares.

Para adquirir perspectiva de las cosas humanas, para que se nos muestren en su verdadera dimensión, hay que subir a la Luna (*Icaromenipo*) o bajar a los Infiernos (*Caronte*). Verlo todo desde arriba y desde abajo (o como decían los griegos: *anaskopía* y *katascopía*).

Su crítica contra la corrupción de los ricos y su alabanza del sabio que nada necesita aparecen acá y allá en los diálogos titulados *Menipo*, *La travesía o El tirano*, *Los contempladores* y *El sueño o El gallo*. En el primero Tiresias asegura a Menipo que «la vida de los hombres insignificantes (*idiótai*) es la mejor y más juiciosa». En el último el gallo que desvela al zapatero Micilo no es otro que Pitágoras reencarnado. En la trama se deja ver que la mente también se adormece y el sabio tiene que espabilarla. Otro mensaje es que lo mejor viene a ser la pobreza sencilla, cuando surge de pronto ante el lector una visión mágica de las casas de los ricos por dentro, como la de aquel *Diablo cojuelo* que levantaba los techos en la Castilla imperial y estrambótica.

En el *Philopseudes* o *El amigo de las mentiras*, unos filósofos son simples narradores de historias fantásticas que incluyen curaciones mágicas, hechizos de amor y apariciones de muertos (en los siglos xvii y xviii hay también una deformación de la física y la metafísica como si se tuvieran que ocupar de duendes, demonios y todas esas maravillas de la llamada magia natural). El lector queda con la impresión de que en todos es irreprimible el amor por lo maravilloso y que la gente quiere que la engañen (como enseña el adagio latino: *mundus vult decipi*).

En el *Hermotimo* o *Sobre las escuelas filosóficas*, el más largo y profundo de los diálogos filosóficos, el personaje que le da nombre charla con Licino, *alter ego* de Luciano, y la conclusión es algo desdeñosa, pues tacha a la fi-

losofía de inútil frente a un saber práctico superior. Este escepticismo halla un argumento de partida según el cual al hombre le es imposible adscribirse a un sistema filosófico entre tantos y tantos, «toda vez que necesitaría más de doscientos años sólo para empezar a conocerlos uno a uno». La maestría de cada maestro tendría además que certificarla otro maestro, con lo que incurriríamos en una regresión al infinito. Se ve que a Luciano, receloso del saber puro y empaquetado en dogmas, le interesa el sentido crítico, la sencillez en el vivir y el pensar, el buen gusto sin pedantería, cierto desapego de las cosas y el dominio aristocrático de las pasiones.

Por otra parte la filosofía había adquirido en su tiempo un dudoso sesgo. Pretendía salvar al hombre completo, como las religiones. Es interesante para establecer su postura filosófica la lectura del *Contra un inculto poseedor de muchos libros*. Esta obrita defiende la tesis de que para sacar provecho de los libros y su lectura hay que tener una educación previa. Esta *paideía* se da aparte de los libros, que son meros recordatorios. Los muchos libros suelen producir pedantes y engreídos. El hombre tiene que estar dotado de una cierta aristocrática sensatez que es en parte innata y en parte adquirida, casi contagiada, diríamos, en el trato directo (no libresco) con hombres ejemplares.

Luciano no se adscribió, pues, a ninguna escuela filosófica. El lector topará en la *Historia verdadera* con un largo pasaje que lo deja ver (II.17-21). Sin embargo el platonismo, el cinismo y el epicureísmo le ofrecieron motivos de fondo y recursos formales para sus composiciones, nunca un sistema de doctrinas morales y especulativas cerrado y exclusivo. Muy citado es ese pasaje de *El pescador o Los resucitados* que describe su relación con el bien y la verdad (los resucitados son todos los sistemas

filosóficos que comparecen junto con Parresiádes ante la Filosofía). Bajo la máscara resuena la voz de Luciano:

Odio el fraude, la picardía, la mentira y la soberbia; y a toda la raza de los malvados, que son muchísimos, como sabes... Pero conozco también perfectamente el arte contrario a éste, o sea, el que tiene por base y asiento el amor: amo la verdad, la belleza, la sencillez y cuanto merece ser amado.

#### UN ESTILO

Luciano vive un tiempo de literatura embalsamada, pero sabe dar vida a las momias. Ya pasó el clasicismo con su armonía casi espontánea entre fondo y forma; era un recuerdo la efervescencia creadora de base libresca, docta y refinada, del alejandrino. Sólo había lugar para reviviscencias. Se mueve, pues, en medio de un renacimiento de la cultura griega. Es el movimiento llamado «Segunda Sofística», debido a su fuerte impronta retórica. Oriente sobre todo, pero también la parte occidental del Imperio, vuelven su mirada hacia la cultura griega y hacia Atenas en particular. Su aticismo nunca es un fin sino un medio. Su estilo, que se mira en la prosa ática como en un espejo, se afinó hasta rivalizar con los autores más refinados y castizos. Se hizo con un lenguaje que no da la espalda al purismo aticista (todos los sofistas de su tiempo quieren narrar más o menos como Jenofonte y perorar como Demóstenes), pero que al mismo tiempo resulta vivo, claro y a veces chispeante y mordaz. Sabe crear cierta sensación de vida y darle a su lenguaje una pátina que supone un remozamiento de lo viejo. Su humor, por otro lado, nunca es tremendista y su amargura aparece diluida en la compasión que le inspiran los hombres.

No es un literato muy original ni un pensador profundo. Es interesante y grande sobre todo cuando se opone a las ideas recibidas de su tiempo y sus contemporáneos. Un oportunista, que aprovecha cualquier material para hacerlo literatura, que divierte, sí, pero se toma muy en serio eso de hacer reír. Encamina su refinado humorismo hacia una sofisticada y rara vez amarga crítica de la vida de su tiempo.

Si algo caracteriza a toda esta extensa y variada producción es una profunda huella escolar y libresca, pero también cada una de estas obras da muestras de alegría y vitalidad, dotes de observación e inteligencia, un delicado compromiso de fondo con la felicidad de los hombres.

Ya dijimos cómo a la obra del samosatense se adhirieron algunos opúsculos apócrifos. Ello prueba su éxito, pues el apócrifo es siempre un homenaje al autor suplantado todavía mayor que el plagio: el que escribe una obra y la pone a nombre de otro es que desea que ese otro no muera y siga hablando. Otra prueba del interés suscitado es la necesidad de comentarios y explicaciones: hay escolios desde la antigüedad tardía hasta la Edad Media, incluyendo unos de un tal Aretas de Cesarea.

Podemos decir, además, que, sobre todo a partir del Renacimiento, Luciano sería una figura nada menor en la asimilación dentro del mundo latino de la ironía griega como fuente de libertad y poderoso disolvente de ideas tan aceptadas como nocivas. Su obra es fuente y semilla del género satírico en las literaturas europeas. Desde el siglo XVI al XVIII abundan sus imitadores directos y más todavía los que le toman prestado algo. Admiraron su genio e imitaron sus modos, por traer aquí tan sólo nombres resonantes, Erasmo, François Rabelais, Voltaire y Jonathan Swift.



#### LA HISTORIA VERDADERA ENTRE LAS OBRAS DE LUCIANO

En el siglo II se abre camino y amplía también un género nuevo, el relato novelesco, literatura popularísima, que a veces no era mala (hoy son nuestros clásicos *El asno de oro* o *Las Etiópicas*), pero que fue mal vista por los entendidos de entonces y ni siquiera obtuvo un estatuto entre los preceptistas. No nos cabe duda, la *Historia verdadera* es relato puro, que aunque se diga parodia de libros históricos o de viaje, sin quererlo, se pervierte en novela. Al desentenderse el autor y dejar que cada cual, según sus lecturas y su buen entender, saque las consecuencias y perciba la crítica, a nosotros, que no conocemos bien las obras a las que parodia, se nos deja con la pura fantasía. La fantasía tiene aquí un peso demasiado grande en comparación con otras obras de Luciano (ya dijimos que el *Tóxaris* encerraba historias ejemplares y *El amigo de las mentiras* relatos increíbles).

La fabulación juguetona y caprichosa —«complicadas mentiras dichas en un tono convincente y verosímil» (I.1)— tiene mala fama y por eso las primeras palabras de la *Historia verdadera* son para dar sentido o justificar lo imaginario, vecino de la inmoral mentira. Todo sirve a los trabajos serios y el libro no es más que un relajado pasatiempo entre uno y otro esfuerzo.

La obra constituye, además, una rareza en el mundo griego, quizás porque nuestro conocimiento de él es por fuerza fragmentario. Pero hay antecedentes. Pásemos a verlos.

Luciano cruza los relatos míticos de los poetas, sobre todo Homero, con la prosa etnográfica de los jonios, en la que se deslizan a veces fantasías (incluso en el objetivo, bien informado y prestigioso Heródoto). Las utopías políticas como la Atlántida de Platón o el país de los hiperbóreos descrito por Hecateo son mo-

delos lejanos. Los historiadores que se movieron en torno a Alejandro Magno y sus epígonos fantasean mucho pero no hay que olvidar que algunos fueron fidedignos testigos y viajeros incansables (como el Megástenes que fue embajador de Seleuco Nicátor en la corte del rey indio Chandragupta). Otros autores de relatos de viajes, a sabiendas de la imposibilidad de un desmentido, se muestran muy poco escrupulosos y se entregan a desaforadas fantasías. Así Jambulo, según sabemos por el resumen que de su obra hace Diodoro Sículo (II.55-60), viaja por Arabia y Etiopía y acaba en una isla paradisíaca. Semejante es el caso de Ctesias de Gnido, expresamente mencionado por Luciano, que se entrega a fantasías increíbles. Aunque no los nombra, nuestro autor debió de conocer algunos relatos novelescos como el de Antonio Diógenes, titulado *Las maravillas que hay más allá de Tule*, cuyo argumento delirante nos ha llegado resumido por el patriarca Focio. Incluía un viaje y estancia en la Luna.

La antigüedad grecolatina nos legó obras que de alguna manera viajan al cielo, pero tienen una naturaleza más filosófica que fantástica. Así *El sueño de Escipión*, célebre fragmento final de un debate *Sobre el estado (De republica)* de Cicerón; o el diálogo titulado *La cara que aparece en el disco de la Luna* del griego Plutarco.

Del *Sueño de Escipión*, obra latina anterior en casi dos siglos a las griegas mencionadas, sólo nos cabe decir que no le sirvió de modelo, porque el viaje de Escipión el Menor a las estrellas es del todo onírico y la visión del mundo supralunar es la de un filósofo, no la de un novelista: todo es puro y reluciente, incorruptible y eterno. Podemos quedarnos con que caricaturizar (Luciano) o empequeñecer (Cicerón) las cosas de la Tierra fue el fin perseguido por ambas fábulas viajeras.

Concomitancias explícitas con la *Historia verdadera* tampoco ofrece el mencionado diálogo de Plutarco, una obra casi contemporánea de la de Luciano. A lo largo de sus páginas tres interlocutores –el noble romano Sila, Lamprias, hermano de Plutarco, y Apolónides, un matemático y astrónomo– dialogan sobre las manchas de la Luna. No trata únicamente del tema del título sino que se ocupa además de la naturaleza de la Luna, su distancia, sus movimientos, la constitución y estructura del universo, la luz. Toda la ciencia de Plutarco se desenvuelve en un marco filosófico o, si se quiere, especulativo, dentro del cual las observaciones y experimentos tienen una importancia muy secundaria en comparación con los argumentos y deducciones de pura razón.

El mismo Luciano ya había estado en la Luna antes de contar la *Historia verdadera*. Allá fue –literariamente hablando– con uno de sus héroes intelectuales y morales. En la obra que tituló *Icaromenipo*, esto es, «Menipo convertido en Ícaro», el filósofo cínico le cuenta a un amigo cómo un día, deseoso de comprobar las teorías de los naturalistas, empuñó con la siniestra y la diestra unas alas de buitre y águila, se entrenó durante una temporada en el arte de volar y partió para la Luna, donde al llegar encuentra a su colega Empédocles de Agrigento, el filósofo que acabó con su vida arrojándose al cráter del Etna en erupción. No había muerto, cuenta Menipo. El volcán lo había lanzado a las alturas y le hizo caer en la Luna. Menipo charla allí con Empédocles y desde allí contempla los crímenes y despropósitos de los hombres, empequeñecidos por la distancia, miserables también a causa de su escenario miserable. Al final Hermes trae a Menipo de vuelta a la tierra.

El historiador y testigo ocular que protagoniza la *Historia verdadera* y que, como Colón, pretende navegar ha-

cia poniente y desvelar qué hay al otro lado del Océano, realiza una tormentosa travesía de ochenta jornadas, descubre una isla y luego desde ella viaja sin querer a la Luna cuando una ventolera arrebató su barco.

El mundo lunar de Luciano está lleno de los seres más extravagantes, urdidos ante todo para burla de los cronistas de Alejandro y, en menor medida, de la sociedad de su tiempo. Los selenitas no forman una sociedad patriarcal sencillamente porque entre ellos no hay mujeres. Los hijos brotan de las pantorrillas de los padres. La guerra, eso sí, no falta y los habitantes de la Luna batallan contra los del Sol. Sus ejércitos son de extraña catadura: hay seres con alas en forma de pencas de lechuga, guerreros que pelean con ajos. Hay detalles que parodian los relatos etnográficos. Algunas imágenes ambiguas y oníricas, cambiantes y cargadas de poderío sexual (falos que hacen el papel de mástiles) anuncian las de los surrealistas del siglo XX.

Pocos elementos simbólicos o alegóricos interfieren. La Luna es un cuerpo lejano y de nueva creación, aunque en la figuración lucianesca detectamos algún resabio mítico, como el que su rey principal sea Endimión, el amado de Selene. Pero Luciano tampoco es de los que saben dejar correr la fantasía a su aire. Procura someterla a la servidumbre de la crítica moral o estética. No hay nada más peligroso que la fantasía desatada ni nada más aburrido que la fantasía atada a un programa. El más atractivo siempre es el modo intermedio, el relato donde la fantasía camina airosa y suelta, pero siempre embridada por un acercamiento a lo real o probable. Luciano siempre deja traslucir cierta osada candidez y sabe poner unas gotas de sensatez sobre los más delirantes disparates.

En sus modestas dimensiones la *Historia verdadera* es una novela que como el *Quijote* consigue más de lo que

pretende. Luciano quiere poner en aborrecimiento de los hombres los relatos fantásticos de los viajeros y sin quererlo enseña a los hombres la literatura de los viajes espaciales, la quimera de otras formas de vida, la extravagancia de la realidad reflejada en el inquieto azogue de los sueños.

Hay elevación a la Luna pero, de vuelta, también una inmersión en el vientre de la ballena. Luego está el paso por el País de los Ensueños. Hay que tener en cuenta que para pueblos primitivos y todavía para los griegos antiguos los ensueños son evanescentes y fantasmales pero tienen una realidad objetiva. Homero habla del *dêmos oneíron* (*Odisea* XXIV.12) y en Hesíodo, Virgilio y Ovidio este homérico «pueblo de los ensueños» habita cerca del Hades. Y es que los ensueños y sus figuras se personifican y representan como afines a las almas de los muertos. Luciano es original al alejar su territorio de las puertas del Hades (ya que el Sueño, donde habitan los Ensueños, es hermano de la Muerte) y situarlo en una isla. Y otro rasgo original más: si en Homero los ensueños pasan por dos puertas (según sean falsos o verdaderos), Luciano añade dos más (según sean terroríficos u obscenos).

#### VIAJES A LA LUNA DESPUÉS DE LUCIANO

Subir a la Luna: podemos imaginar que, hace mucho, un hombre por vez primera sintió ese deseo. A la contemplación de un objeto lejano, refulgente y maravilloso como es la Luna siguió el deseo de acercarse para verla de cerca o tomar posesión de ella. Como el cumplimiento del deseo era imposible el hombre echó por el camino de la fantasía.

Hoy ya sabemos que la Luna es un mundo inhóspito y muerto sobre el que, ayudado y a la vez estorbado por

raros aparejos, el hombre ha estampado por breve instante su huella. A nosotros que a través de la televisión y el cine hemos contemplado a la compañera de la Tierra como si estuviera a nuestro lado, las visiones de Luciano nos llenan de risueña complacencia. Pese a ello, su relato sigue teniendo el encanto de ingenuo precedente. La *Historia verdadera* idea el primer viaje lunar de la historia de la literatura, aunque no anuncia la ficción científica como género literario. Y es que hay en este viejo relato escasos elementos novelescos, demasiada maravilla caprichosa y ninguna tecnología. Este periplo lunar dejó pocos descendientes directos pero cuenta con un interminable número de semejantes.

Parecería que Luciano, al dejar su historia incompleta y prometer nuevos libros y aventuras que nunca escribió, invitaba a todos sus sucesores. Y hubo muchos. Sus obras entreveran lo arbitrario del humor y la sátira con la formalidad de la alegoría, sea utópica o moralizante. Los autores recurren a cualquier medio para hacer que sus héroes se encaramen en la Luna. Poco a poco se insinúa el relato que presume de cierto realismo, que asigna a sus viajeros unos vehículos más o menos poderosos y quiere hacer de la Luna un mundo probable.

Pido al lector que, si no tiene otra cosa mejor que hacer ni demasiadas prisas por entrar ya en la propia historia de Luciano, me acompañe en un breve paseo por estos viajes lunares que bien podrán darnos una idea de las fantasías que ese ojo de la noche, alto, cristalino, misterioso, ha suscitado en los pobres humanos, adheridos por una fuerza brutal a la superficie de la tierra.

Para la Edad Media, heredera de la concepción ptolemaica del cosmos, la Luna era el primer peldaño de una escalera celeste hacia el empíreo y la morada de Dios. En ella empezaba un mundo incorruptible y des-

de ella llegaba el rocío matutino, el agua más pura. Por eso Dante, el poeta teólogo, nos muestra la Luna, en el canto II del *Paraíso* (1321), como el primer astro («la prima stella») que en la subida al cielo luce como perla indestructible («l'eterna margarita»). Es un cuerpo misterioso que recibe en su interior a los viajeros, como el agua recibe el rayo de luz sin romperse («com'acqua recepe / raggio di luce permanendo unita»).

Ludovico Ariosto, el poeta caballeresco, en el canto xxxiv de su célebre *Orlando furioso* (1516), imaginó que un intrépido adelantado, Astolfo, viajaba a la Luna montado en el carro del profeta Elías. El de la Luna es un mundo a la vez real y fantástico. Por un lado, sus cosas vienen a ser tales como las de la Tierra aunque aquejadas de gigantismo. Por otro, allí no faltan sucesos extravagantes y mágicos. Astolfo visita en un estrecho valle una oficina de objetos perdidos en la Tierra. El almacén guarda sobre todo bienes intangibles: «De los amantes lágrimas y lloros, / el tiempo inútil que se pierde en juegos, / la holganza larga de los ignorantes, / designios vanos nunca satisfechos: / tantos son los deseos incumplidos, / que atestan el paraje casi todo» (estr. 75).

El español Juan Maldonado, amigo de Erasmo, compuso un *Sueño* o *Somnium* (1541) en el que presenta a la Luna poblada de hombres virtuosos. No será la primera vez ni la última en que el vehículo para marchar tan lejos sea el sueño y la Luna se convierta en un escenario moralizante.

El licenciado Torralba, un personaje real, mago que frecuentó la corte española en el siglo xvi, se presenta como protagonista de una de estas singladuras maravillosas. En 1527, según cuenta en un libro editado años más tarde, viajó por los cielos con la ayuda de Zequiél, un espíritu que se le aparece con el aspecto de un niño

blanquirrubio, vestido de rojo y negro. Por eso don Quijote, cuando viaja por los aires a lomos de Clavileño, recuerda que Torralba había estado a punto de tocar la Luna: «... el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse» (*Quijote* II.41).

Con Johannes Kepler, el gran astrónomo, entramos en otra dimensión, porque este hombre ha mirado por el telescopio y ha visto los enormes círculos y llanuras de la Luna. Su relato titulado *El sueño o La astronomía de la Luna* (1634), que no alcanzó a publicar en vida, es un producto literario extraño. El autor, que se ha dormido leyendo una vieja crónica, sueña que en la célebre feria de libros de Frankfurt ha comprado un raro ejemplar y que se pone a leerlo. En sus páginas, un islandés llamado Duracoto cuenta que había viajado hasta la Luna cabalgando a lomos de duendes o demonios. En la Luna, además de los nuevos cielos de Copérnico, cuyas líneas, partes y mudanzas describe con esmero, halla un territorio lleno de rarezas y maravillas. Sobre la superficie del satélite y por debajo de ella padece comunales trastornos un mundo extraño cuyos habitantes se defienden de las inclemencias del sol y las aguas construyendo fosos y muros circulares. Enormes mares circundan esas ciudades. «Para Luciano y para Ariosto —comenta Borges en un prólogo a las *Crónicas marcianas*, el célebre libro de Bradbury—, un viaje a la Luna era símbolo o arquetipo de lo imposible; para Kepler, ya era una posibilidad, como para nosotros».

Poco después, un contemporáneo de Kepler, Francis Godwin, editó en 1638 otra historia fantástica que hablaba de un hombre en la Luna (*The man in the Moone or*



a *Discurse of a voyage thither*). El héroe y viajero es un pícaro sevillano, bajito y enteco, Domingo Gonsales, que, al igual que Duracoto, encuentra demonios en la subida a la Luna. Allá lo llevan unos gansos desde la cumbre del Teide, el volcán canario (recordemos que en el *Icaromenipo* lucianesco, Empédocles parte desde el Etna siciliano). La obra es científica pero también utopista: el mundo lunar no es tumultuoso como el de Luciano sino tranquilo, prueba de ello es que en él no hay abogados ni tampoco médicos.

Athanasius Kircher (1601-1680), aquel jesuita de curiosidad omnívora y erudición desbordante, compuso en latín un *Iter exstaticum coeleste*. Se trata de un viaje por todos los cielos, como el de Torralba, en compañía de un espíritu.

En la Francia que albergó el movimiento literario y filosófico del libertinaje erudito, Cyrano de Bergerac escoge para su satírico viaje a la Luna, narrado en *Histoire comique, contenant les États et Empires de la Lune* (1657), un medio de transporte singular que consiste en una suerte de canana o cinturón donde se embute un buen número de ampollas con agua de rocío. El rocío, que por naturaleza propia sufre la atracción del calor del Sol, asciende y eleva al protagonista por los aires. Fracasa en un primer intento pero luego lo consigue con cohetes que se encienden sucesivamente (rasgo premonitorio). En la Luna ve pequeños libros parlantes, cualquiera puede llevar varias decenas consigo (otra profecía técnica).

En la línea de Kepler y Godwin, John Wilkins, obispo de Chester y hombre de ciencia, editó en 1638 un opúsculo cuyo título lo dice todo: *The Discovery of a World in the Moone, or a Discurse tending to prove that 'tis probable there be another habitable World in that Planet*. (Obsérvese que

llama a la Luna «planeta» por la inercia del lenguaje, como si valiera todavía el sistema de Ptolomeo).

El poeta Samuel Butler (1612-1680), autor de la famosa trova quijotesca *Hudibras*, demuestra en su poema *Elefante en la Luna* haber leído a Kepler más que a Luciano: «Los habitantes de la Luna, a medio día, bajo el sol ardiente, se esconden en cámaras redondas de cien leguas de ancho y más de diez de hondo».

Bernard Le Bovier de Fontenelle (1657-1757), en sus ensayos *Entretiens sur la pluralité des mondes* (1687), consagra dos jornadas (la segunda y la tercera) a la demostración de que la Luna es una tierra habitada.

Simbad, el marino cuyas aventuras entran en *Las mil y una noches* tardíamente, no estuvo en la Luna, pero en uno de sus viajes atraca con su navío en una isla, que resulta ser un gigantesco pez sobre el que han arraigado árboles durante el largo tiempo que el monstruo ha estado dormido sobre las aguas.

David Russen en su *Iter lunare, or a Voyage to the Moon* (1703) idea para el salto a la Luna un gran muelle metálico que se dispara colocado sobre una montaña.

El título del relato de Daniel Defoe *The Consolidator* (1705) alude a una máquina que inventó un chino, propulsada por una llama que alimenta cierto líquido (los barruntos tecnológicos menudean, como se ve, en estas fantasías). La obrita encierra una crítica de la sociedad de su propio país, de los católicos y la política de Francia y España.

El estrafalario escritor y nigromante don Diego de Torres Villarroel vivió en pleno Siglo de las Luces aparentemente entregado a crepusculares y arcaicas ciencias, pero destilando sin duda una sabrosísima prosa. Fruto de sus aficiones astrológicas es su *Viaje Fantástico del gran Piscátor de Salamanca. Jornadas por uno y otro mun-*

do. *Descubrimiento de sus sustancias, generaciones y producciones* (1724). Tiene claras pretensiones de ser filosófico (hoy diríamos ‘científico’) y didáctico. Se inspira en el *Iter exstaticum* de Atanasio Kircherlo –así lo reconoce– y también en el *Sueño* de Kepler, al que como destructor del sistema ptolemaico (que entonces aman y defienden por igual la ortodoxia astrológica y la católica) no quiere ni nombrar.

Jonathan Swift lleva a su Gulliver a islas y ciudades más extrañas que las de Luciano, pero ninguna está en la Luna.

Murtagh McDermot (pseudónimo de un irlandés desconocido) en *A Trip to the Moon* (1728) hace salir a su héroe desde el Teide (como Godwin) y lo trae de vuelta sobre una bala de cañón (como Verne).

En *El viajero filósofo en un país desconocido a los habitantes de la Tierra* (1761) de Mr. Listonai (pseudónimo de Daniel Villeneuve) no hay vehículo para ir a la Luna, todo es un sueño.

Maria Anna de Roumier en los *Viajes de milord Céton a los siete planetas* (1785) describe a unos selenitas superficiales y ridículos. No tienen cabeza y muestran una gran boca en medio del pecho. Sus casas son pura apariencia, hechas tan sólo de fachada con puertas y ventanas que dan al vacío. La gente se besa y saluda con grandes zalamerías, siempre dispuesta a obtener favores.

¿Quién no conoce o ha leído de niño las aventuras del Barón de Münchhausen? Derivan al parecer de impresos anónimos que fraguan finalmente en dos libros: el de Rodolf Erich Raspe, *Las sorprendentes aventuras del Barón de Münchhausen* (1785), que se basó en un volumen de historias fantásticas que circulaba por Inglaterra desde años atrás, y el de Gottfried August Bürger, *Viajes maravillosos por mar y tierra: campañas y aventuras cómicas*

*del Barón de Münchhausen* (1786), que es una traducción del anterior en la que se introducen notables cambios y añadidos. El barón hace dos viajes a la Luna, uno sobre una planta trepadora y otro en un barco arrastrado por un torbellino (este segundo como el de la *Historia verdadera*). En su monumental y entusiasta *Encyclopédie de l'Utopie, des Voyages extraordinaires et de la Science-Fiction* (Lausana, L'Âge d'homme, 1972, p. 146), Pierre Versins dedicó un largo pasaje a demostrar, con razón pero exagerando un poco, cómo Raspe y sobre todo Bürger se limitaron a plagiar a Luciano.

Es curiosa la obrita de Washington Irving, *La conquista de la Luna* (1809), porque invierte el sentido del viaje y es quizá la primera obra que habla de una invasión alienígena. El tema alegoriza con el exterminio de los nativos americanos, pues unos selenitas aterrizan en la tierra y sojuzgan a sus habitantes. Se perfila la moraleja en la cabeza del lector: unos seres, que se dicen superiores gracias a la mera técnica, ¿tienen derecho a dominar a otros?

En Norteamérica nació también el autor de la siguiente obra, el político y pedagogo George Tucker, que bajo el pseudónimo de Joseph Atterley publicó *Un viaje a la Luna con algunas noticias sobre los usos y costumbres: ciencia y filosofía del pueblo de Morosofia y otros de la Luna* (1827). Su aeronave está movida por el *lunarium*, un mineral que suspende y contrarresta la ley de la gravedad. Volveremos a encontrar un invento parecido.

En 1935 Edgar Allan Poe publicó en un periódico un relato titulado *La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall*. Hans Pfaall, agobiado por sus deudas, construye un globo de cobre y sube con él hasta la Luna, donde decide quedarse a vivir. Luego le pide a uno de los habitantes lunares que baje en el globo a la Tierra y que le entregue el relato que él ha escrito a la raza humana.

Poe, con gran lujo de detalles, afirma que el texto apareció en unos papeles que habían caído sobre Rotterdam desde el globo. El caso es que pretendía provocar un escándalo publicitario mediante un fraude exquisito semejante al que un siglo más tarde provocó sin querer queriendo Orson Welles con los marcianos de su serial radiofónico.

En uno de sus relatos el danés Hans Ch. Andersen (1835) escenifica una Luna de cuento, resplandeciente y blanca como nieve recién caída. Un viajero descubre en ella una ciudad de edificios transparentes y albuminosos. Con recurso mil veces reiterado por los venideros relatos de ficción científica, los selenitas se comunican por telepatía.

El celeberrimo Jules Verne (1828-1905) –todavía popular y leído en estos tiempos nuestros que lograron desvelar y mancillar la Luna– no hace mención alguna de Luciano en su novela *De la Terre à la Lune* (1865), pero allí se nombra al Domingo Gonsales de Godwin y al propio Cyrano. Impey Barbaricane, el presidente del Gun-Club de Baltimore, que tras la guerra civil propone a sus socios la loca empresa de llegar mediante un cañonazo a la Luna, recuerda a su vez «la peculiar opinión de Kepler sobre la formación de los redondeles» (los cráteres de impacto). En la secuela, *Autour de la Lune* (1870), los tres protagonistas (dos americanos y un francés) quedan orbitando alrededor del satélite y, a la luz de un bólido que estalla, pueden comprobar que en la cara oscura hubo ciudades y vida ya destruida.

Poco conocido es el libro de G. le Faure y H. de Graffigny, *Aventures extraordinaires d'un savant russe* (1889), cuya primera parte se desarrolla en la Luna.

Famoso es el relato de H. G. Wells *The first men in the Moon* (1901). En él se cuenta que Cavor, célebre científi-

co, ha descubierto una sustancia dotada de propiedades antigravitatorias (a la que llama «cavorita») y construye una esfera de semejante material que le permite viajar a la Luna. Wells ajusta entonces su historia a deducciones físicas y biológicas semejantes a las de Kepler. La Luna, en efecto, aparece como un mundo desapacible y mortecino donde se mueven animales gigantescos. La vegetación, constituida por plantas espinosas y líquenes, crece durante una jornada para marchitarse durante la noche siguiente. Los selenitas llevan una vida subterránea. Todo coincide con las figuraciones del *Sueño* hasta el punto que Cavor, el protagonista, no puede por menos de exclamar: «¡Kepler tenía razón!».

Y ya no llevo más allá a mis lectores en esta excursión libresca por los viajes lunares.

El hombre ha dejado atrás las fantasías y ha estado por fin en la Luna, la ha visto de cerca pero no ha podido tomar posesión de ella, ni siquiera tocarla. La Luna, como un ácido maligno, lo ha repelido de nuevo a la Tierra. ¡Cúantas hermosas y terribles fantasías en torno a la Luna para, cuando llegamos allí, descubrir que es un pedrusco desierto y espantoso! Así que nuestro deseo viajero parece haberse apagado no mucho después de los primeros y cortos paseos espaciales. Ya sólo quedan las estrellas y galaxias, que, protegidas del asalto humano por distancias inhumanas, siempre seguirán ahí como meta de viajes imaginarios más que reales, emprendidos siempre en el ámbito de la Fábula y nunca jamás en el de la Historia. Por esos territorios nos pasearán tal vez, para nuestro disfrute, páginas de nuevos Lucianos.

## BIBLIOGRAFÍA

Jan Kowalski, «El viaje a la Luna», *Vacaciones en Polonia (Utopías literarias)*, 6, 2011: 138-147.

*Un viaje a la luna en el siglo II*, fragmentos de la *Historia Verdadera* de Luciano de Samósata, traducidos expresamente del griego por J. Petit, profesor de la Universidad de Barcelona, ilustraciones de Antonio Tapies [*sic*], Barcelona, Seix Barral, 1954.

Luciano de Samosata, *Historia verdadera. Diálogo de las hetairas. Prometeo o El Cáucaso. Timón o El misántropo*, edición de E. Vintró, con una «Invocación a Luciano» de F. Savater, Barcelona, Las ediciones liberales-Labor, 1974.

Luciano, *Obras*, vol. 1, introducción general por J. Alsina Clota, traducción y notas por A. Espinosa, Madrid, Gredos, 1981.

Luciano de Samósata, *Relatos fantásticos*, introducción y traducción de C. García Gual, Madrid, Mondadori, 1991.





Historia verdadera



## PRIMERA PARTE

Al igual que los deportistas y los que se ocupan en el cuidado del cuerpo no atienden tan sólo a mantenerse en forma y a los ejercicios, sino también a una oportuna relajación, que incluso toman por la parte más importante del entrenamiento, del mismo modo, según creo, es conveniente que el estudioso atareado, tras la lectura de obras serias, relaje su mente y la deje mejor dispuesta para posteriores esfuerzos.

1. *Prólogo*

Sería la más adecuada diversión para ellos el entrar en contacto con unos escritos que no sólo proporcionan el único atractivo de lo delicado y gracioso, sino que además sacan a la luz cierto entretenimiento no reñido con las Musas, como supongo que pensarán de la presente obra. Pues no sólo lo extravagante del tema y lo gracioso de la intención del autor será agradable, o el que hayamos inventado complicadas mentiras en un tono convincente y verosímil, sino sobre todo el que cada cosa de mi historia parodie no sin gracia a antiguos poetas, historiadores y filósofos que relataron muchos prodigios y fábulas, y a los que podría mencionar por sus nombres<sup>1</sup>, si no fuera porque tú mismo los vas a reconocer durante la lectura.

2

1. Como hacían los burlones autores de la llamada Comedia Antigua, que satirizaban a sus conciudadanos aludiendo a ellos aunque estuvieran sentados en las gradas del teatro (a esto se le llamaba *onomasti komoidein*, algo así como hacer comedia a base de nombres propios).

3 Es el caso de Ctesias<sup>2</sup> el hijo de Ctesíoco, de Gnido, que escribió sobre el país de los indios cosas que él ni vio ni escuchó de ningún testigo veraz. También Yambulo<sup>3</sup> escribió muchas maravillas acerca de las regiones del Gran Océano, fraguando unas patrañas reconocibles por cualquiera, aunque la trama no es, pese a todo, desagradable. Muchos otros se les habían adelantado en escribir cosas así, narrando, según parece, ciertos viajes y encuentros suyos con fieras enormes y hombres de vida salvaje y extraña. El jefe y maestro de esta charlatanería fue el Odiseo de Homero cuando habló a los reunidos en el palacio de Alcínoo<sup>4</sup> acerca de vientos obedientes, hombres de un solo ojo, antropófagos y salvajes, así como de animales de muchas cabezas y de las transformaciones de sus compañeros logradas mediante filtros: maravillas así contó aquel ante los ingenuos feacios.

4 Habiendo dado con todos estos, no les eché a ellos la culpa de sus mentiras, pues me daba cuenta de que el mentir es propio incluso de los que profesan la filosofía<sup>5</sup>. Pero lo que sí me extrañaba en ellos era que

2. Parece que en el texto falta alguna palabra que suplen los editores. Ctesias es un viajero e historiador griego (s. v a.C.), autor de *Indiká*, donde narra las maravillas de la India, que al parecer visitó.

3. Este Yambulo (algunos escriben también Jambulo) fue un comerciante griego de época desconocida que relató luego alguno de sus presuntos viajes introduciendo grandes fantasías de carácter utópico. Resume parte de sus relatos el historiador Diodoro Sículo (II.55-60).

4. Rey del país de los feacios, adonde arribó Odiseo después de abandonar a la ninfa Calipso en su isla de Ogigia. En la corte de este rey narró Odiseo las más increíbles aventuras que se recogen en el poema de Homero (*Odisea IX-XII*).

5. Platón en sus diálogos utilizó el mito para ampliar o declarar su pensamiento y, presentando el suceso como una historia verdadera, contó el extraño viaje de Er el Armenio al más allá (*República*

pensaran que nadie iba a cogerlos en sus mentiras. Por eso también yo, por vanidad, me empeño en dejar mi testimonio a nuestros descendientes, a fin de que no sea el único que no goce de licencia para contar cuentos.

Toda vez que entre los sucesos reales de mi vida no tengo nada que valga la pena contar, me inclino hacia un tipo de ficción más instructiva que la de los otros, pues al menos una cosa digo verdadera: que estoy fantaseando. De esta manera creo que al admitir no estar diciendo nada verdadero me descargo de la acusación que se puede lanzar contra esos otros. Escribo acerca de cosas que ni vi, ni a mí me pasaron, ni oí de ningún testigo, cosas que ni han ocurrido ni, por su propia naturaleza, son posibles. Por tanto, que los que esto lean no crean nada.

Habiendo atracado por aquel entonces más allá de las columnas de Hércules, zarpamos luego rumbo al Océano Occidental y navegábamos con viento favorable. El motivo de mi viaje y su razón era una curiosidad intelectual, el deseo de novedades y el querer descubrir cuál era el límite del Océano y qué raza de hombres vivía al otro lado. Para ello cargamos toda clase de vituallas y pusimos agua suficiente, después de enrollar a cincuenta camaradas que abrigaban los mismos deseos que yo. Dispuse además gran cantidad de armas y tomé al mejor de los pilotos, engatusándolo con una buena paga, e hice reforzar la nave –era un nave ligera<sup>6</sup>– como para un largo y penoso viaje.

Navegamos un día y una noche con viento favorable, aunque sin engolfarnos mucho y con la tierra siempre a

5. *Comienza el viaje*

614a ss.). De ahí que una nota marginal del texto de Luciano diga que el autor apunta aquí a Platón sobre todo.

6. En el original se trata de un *ácato*.

la vista. Mas al día siguiente, al salir el sol, el viento arreció, el mar se encrespó, cayeron sombras de tormenta y ya ni alzar la vela se pudo. Nos entregamos a la tormenta y dejándonos llevar zozobramos durante setenta y nueve días. Al ochenta, de repente, lució el sol y divisamos en lontananza una isla elevada y boscosa en cuyas orillas resonaba manso el oleaje, ya que el temporal había amainado por completo.

Atracamos y desembarcamos y, al estar fatigados, como era natural después de tan larga y penosa peripécia, nos quedamos tirados en tierra largo rato. Nos levantamos, con todo, y escogimos de entre nosotros treinta centinelas para que se quedaran junto al barco; los veinte restantes vinieron conmigo a explorar los secretos de la isla.

- 7 Avanzamos desde la orilla cosa de tres estadios<sup>7</sup> y entre el follaje de un bosque vimos una estela de bronce grabada con oscuras y borrosas letras griegas que decía:

HASTA AQUÍ LLEGARON HERACLES Y DIONISO<sup>8</sup>

Había además dos huellas allí cerca sobre la piedra, la una de una fanega<sup>9</sup> y la otra más pequeña (creo que la menor era la de Dioniso y la otra la de Heracles). Hicimos un acto de adoración y continuamos adelante. Aún no habíamos avanzado mucho cuando topamos con un río hecho de vino muy parecido al de Quíos. La corrien-

7. El estadio equivale a 177,6 metros.

8. Heracles viajó más allá del Estrecho de Gibraltar en busca de las manzanas de oro del huerto de las Hespérides. Dioniso, juvenil dios del vino, hizo triunfales correrías por el lejano Oriente.

9. Un *pletro* en el original, medida equivalente a 100 pies o la sexta parte de un estadio, lo que da 29,6 de nuestros metros modernos.



te era abundante y profunda, de modo que en algunos tramos era navegable. Sucedió que tuvimos que creer ya en la inscripción de la columna, al ver las señales del paso de Dioniso.

Decidí entonces explorar el nacimiento del río subiendo a lo largo de la corriente. No hallé ningún manantial, sino muchas y enormes cepas cargadas de racimos. Junto a cada raíz brotaba un hilillo de vino puro del que se alimentaba el río. Es posible ver en él muchos peces de colorido y sabor muy semejante a los del vino. Pescamos unos cuantos de ellos, nos los comimos y nos sentimos borrachos. Ni que decir tiene que, al sajarlos, los encontramos llenos de posos. Luego estuvimos pensando y los mezclamos con peces de agua para atemperar la fuerza de aquel vino comestible<sup>10</sup>.

Después cruzamos el río por el vado y encontramos la más maravillosa de las vides: la parte que salía de tie- 8

10. Griegos y romanos solían beber el vino rebajado con agua.

rra era un tronco tallado y grueso, pero por arriba eran mujeres con todo lo suyo completo desde la cintura (tal como entre nosotros pintan a Dafne convirtiéndose en árbol cuando Apolo está a punto de cogerla). De las puntas de los dedos les salían racimos cargados de granos de uva. El cabello de sus cabezas eran pámpanos, hojas y racimos.

Al llegar nosotros nos saludaron y agasajaron, unas en lidio, otras en indio y las más en griego. Nos besaban en la boca y el que recibía el beso se sentía sin más borracho y trastornado. Pese a todo, no permitieron que cogiéramos sus frutos, pues sentían dolor y gritaban cuando tirábamos de ellos. Ellas deseaban casarse con nosotros y dos de mis compañeros se les arrimaron y ya no pudieron soltarse sino que quedaron trabados por sus partes, se encastraron y echaron raíces. Y al punto los dedos se les volvieron sarmientos a los que, rodeados de pámpanos, sólo les faltaba ya echar fruto.

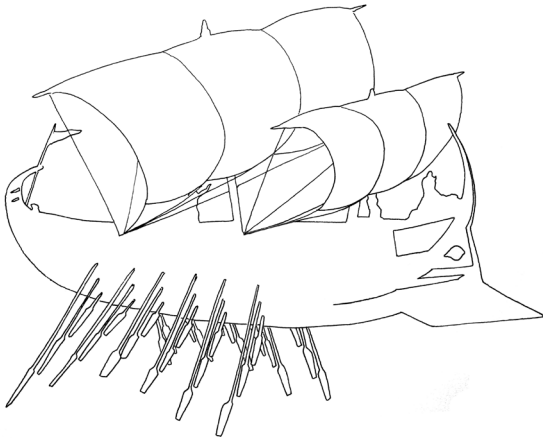
9 Los abandonamos y huimos hacia la nave. Allí les contamos a los que se habían quedado lo de las bodas de los camaradas con las vides y todo lo demás. Cogimos unas ánforas, las llenamos de agua y vino en el río y acampamos en la playa. Al amanecer zarpamos con viento no muy recio.

*En la luna* Al medio día, cuando ya habíamos perdido de vista la isla, se levantó de repente un huracán que hizo girar la nave y la alzó cosa de trescientos estadios, y ya no la dejó caer al mar sino que el viento, empujando la vela e hinchando la lona, la llevaba hacia arriba en volandas por los aires.

10 Tras correr por los aires siete días y otras tantas noches, al octavo día divisamos en el cielo cierta tierra enorme<sup>11</sup>,

11. La luna en realidad.





como una isla, brillante y esférica, resplandeciente de luz. Fuimos arrastrados hacia ella, atracamos y desembarcamos. Durante la exploración del país descubrimos que estaba habitado y que había cultivos. A lo largo del día nada veíamos desde allí, pero al llegar la noche se dejaban ver de cerca muchas otras islas, unas mayores y otras más pequeñas, de color semejante al del fuego y otra tierra abajo con ciudades, ríos, mares, bosques y montañas. Imaginamos que esta otra sería nuestro mundo.

Determinamos seguir adelante y vinimos a dar con unos –como ellos los llaman– Montabuitres<sup>12</sup>, que nos cortaron el paso. Estos Montabuitres son hombres que viajan en buitres enormes y tienen a estos pájaros como sus cabalgaduras, ya que son muy grandes y todos con tres cabezas. Se podrá deducir su tamaño de lo que sigue. Cada pluma es más larga y gruesa que el mástil de 11

12. *Hippógyoi* (en adelante daremos la transcripción griega de estas acuñaciones lucianescas).

una nave grande de transporte. Los Montabuitres vuelan alrededor de su país con la misión de llevar ante el rey a cualquier extranjero que encuentren. Por eso cuando dieron con nosotros nos llevaron a su presencia.

Él nos examinó y, deduciéndolo de nuestra vestimenta, concluyó:

–Conque sois griegos, ¿verdad, extranjeros?

Asentimos y continuó:

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí atravesando este largo trecho de cielo?

Le contamos todo. Luego intervino él y nos contó su historia. Había sido también un hombre y se llamaba Endimión<sup>13</sup>; tiempo atrás lo habían raptado de nuestra tierra mientras dormía; cuando llegó acá, lo habían hecho rey del país. Nos dijo que aquel país era la Luna que nosotros veíamos brillar desde la Tierra. Pero nos dio ánimos y nos invitó a no recelar peligro alguno, puesto que, lo que era por él, íbamos a tener a disposición todo lo que necesitáramos.

12 –Si llevo adelante con éxito –nos advirtió– la guerra que ahora estoy haciendo contra los habitantes del Sol, viviréis en mi patria con mayor ventura que nadie.

Le preguntamos quiénes eran los enemigos y cuál la causa del conflicto.

–Es que Faetonte –respondió–, el rey de los habitantes del Sol (pues también el Sol está habitado como la Luna), nos hace la guerra desde hace ya mucho<sup>14</sup>. La cosa empezó por el siguiente motivo. Resulta que de-

13. Bello pastor del que se enamora la diosa Selene (la Luna). Zeus lo conserva para ella en un amoroso sueño y eternamente joven.

14. Faetonte es hijo de Helios (el Sol). Un día su padre le permitió montar su carro y provocó una gran catástrofe al precipitarse sobre la tierra.

cidí fundar una colonia con los más menesterosos de mis súbditos en el Lucero del Alba, pues estaba salvaje y despoblado. Faetonte sintió envidia e impidió la colonización deteniéndonos a medio camino con sus Montahormigas<sup>15</sup>. En esa ocasión, por no contar nosotros con medios equiparables a los suyos, fuimos derrotados y nos retiramos. Pero ahora quiero darles batalla de nuevo y enviar la colonia. Si queréis uniros a mi ejército, os daré a cada cual uno de mis buitres reales y el resto del armamento. Mañana haremos la salida.

—De acuerdo —dije yo—, si así te parece.

Así que, alojados aquella noche en su palacio, allí nos quedamos. Al amanecer nos levantamos y fuimos a nuestros puestos, pues los centinelas señalaron que el enemigo estaba cerca. La cuantía de nuestro ejército era de cien mil soldados sin contar los porteadores, ingenieros, peones y aliados extranjeros. De ellos, ochenta mil eran Montabuitres y veinte mil eran Pajaroberzas<sup>16</sup>. Estos son unos pájaros enormes cubiertos por todo el cuerpo de hojas verdes en vez de plumas, siendo las plumas de las alas como pencas de lechuga. Detrás de estos estaban alineados los Tiramijos<sup>17</sup> y los Ajoinfantes<sup>18</sup>.

Se unieron también a Endimión sus aliados de la Osa, treinta mil Arqueropulgas<sup>19</sup> y cincuenta mil Trovavientos<sup>20</sup>. Los Arqueropulgas cabalgan sobre pulgas grandísimas de donde toman su nombre. El tamaño de una de estas pulgas es como de doce elefantes. Los

15. *Hippomýrmekes*.

16. *Lachanópteroi*.

17. *Kenchróboloi*.

18. *Skorodomáchoi*.

19. *Psyllotoxótai*.

20. *Anemodrómoi*.



Trotavientos son infantes, van por el aire sin alas y su forma de vuelo consiste en empujar con viento como a velas de barco los mantos con que visten. La mayoría de ellos actúa en la batalla como infantería ligera<sup>21</sup>. Se decía que de las estrellas que hay más al norte de Capadocia iban a enviar setenta mil Gorrionibellotas<sup>22</sup> y cinco mil Montagrullas<sup>23</sup>. Yo no llegué a verlos, pues no llegaron. Así que no me atrevo a describir su naturaleza,

ya que además se contaba de ellos cosas extrañas e increíbles.

14 Estas eran las fuerzas de Endimión. Todos tenían el mismo equipo: cascos de habas (porque las habas entre ellos son grandes y fuertes) y corazas todas de altramuces. Hacen las corazas cosiendo las vainas de los altramuces, pues aquí la envoltura del altramuz se torna irrompible como cuerno. Las rodelas y las espadas son iguales que las griegas.

15 En su momento se ordenaron así: el flanco derecho lo ocuparon los Montabuitres y el rey con los mejores a su alrededor, nosotros entre ellos. El flanco izquierdo lo ocuparon los Pajaroberzas. El centro lo forman los aliados a su albedrío.

En cuando a la infantería, representaba alrededor de sesenta millares y se colocaron como voy a contar. Hay entre ellos muchas y enormes arañas, cada una mucho

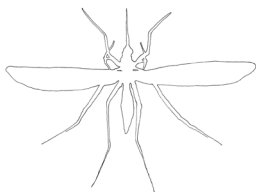
21. Esos peones o infantes son *pelstast* en el original.

22. *Strouthobálanoi*.

23. *Hippogéranoi*.

mayor que las Cícladas. A ellas ordenó el rey fabricar una tela entre la Luna y el Lucero del Alba. En cuanto terminaron la obra formando así una llanura, se colocó sobre ella la infantería. Era su jefe Nocherniego<sup>24</sup>, el hijo del Rey-de-la-calma<sup>25</sup>, y otros dos.

Por la parte enemiga el flanco izquierdo lo ocupaban los Montahormigas y entre ellos iba Faetonte: son bestias enormes, aladas, semejantes a nuestras hormigas excepto en una cosa: su tamaño es de dos yugadas<sup>26</sup>. Y no sólo combaten los jinetes sino también las hormigas con sus tenazas. Se decía que eran alrededor de cincuenta mil.



En el flanco derecho se alineaban los Aeromosquitos<sup>27</sup>, que también eran alrededor de cincuenta mil, todos arqueros y montados en enormes mosquitos. A su lado iban los Aerobailarines<sup>28</sup>, especie de infantería ligera muy efectiva: con hondas disparan rábanos enormes y los alcanzados por el tiro no pueden tenerse ni un momento, mueren y de su herida sale mal olor. Me contaron que untan sus dardos con veneno de malva.

24. *Nikteriôn*.

25. *Eudiánax*.

26. Dos *pletros* en el original; véase nota 9.

27. *Aerokónopes*.

28. *Aerokórdakes*. El *kórdax* es una danza lasciva de origen oriental.

Junto a estos se colocaron los Troncos-de-seta<sup>29</sup>, infantería pesada de formación compacta, diez mil en total. Se llaman Troncos-de-seta porque usan como escudo setas y como lanza tallos de espárrago. A su lado iban los Perribellotas<sup>30</sup>, enviados al lado de Endimión por los habitantes de El Perro, cinco mil, gente de cara perruna y que combate sobre bellotas aladas.

Contaron que, de los aliados, los honderos mercenarios de la Vía Láctea y los Nublocentauros<sup>31</sup> acudieron después. Estos últimos llegaron con la batalla ya decidida, de modo que no fueron de utilidad. Los honderos ni siquiera hicieron acto de presencia, por lo que dicen que Faetonte se enfadó y les metió fuego a sus tierras.

17 Con semejantes fuerzas llegó Faetonte a nuestro encuentro. Una vez que se alzaron los estandartes y rebuznaron por cada parte los burros (se sirven de estos en lugar de cornetas), se enzarzaron en la pelea y comenzó la batalla. El flanco izquierdo de los Solares huyó enseguida, sin recibir siquiera el embate de los Montabuitres. Nosotros los perseguimos causándoles gran mortandad. Pero su flanco derecho se impuso sobre nuestro flanco izquierdo y los Aeromosquitos llegaron en su persecución hasta nuestra infantería. Entonces, al prestar su apoyo la infantería y más aún al ver ellos que su ala izquierda quedaba derrotada, se dieron la vuelta.

Una vez que la fuga fue patente, muchos cayeron prisioneros con vida y otros fueron muertos, corriendo mucha sangre sobre las nubes, que se tiñeron y pusieron rojas (como aparecen cuando el sol se pone) y lanzaron una espesa lluvia de sangre sobre la Tierra, de un

29. *Kaulomýketes*.

30. *Kynobálanoi*.

31. *Nephelokéntauroi*.

modo que pienso si no ocurriría algo parecido en los tiempos pasados cuando Homero supuso que Zeus hizo llover sangre por la muerte de Sarpedón<sup>32</sup>.

Cuando volvimos de la persecución levantamos dos trofeos, uno sobre la tela de araña en conmemoración de la batalla de a pie y otro sobre las nubes en conmemoración de la batalla aérea. En cuanto acabamos de levantarlos, los vigías anunciaron que los Nublocentauros, que tenían que haber llegado en socorro de Faetonte antes de la batalla, se acercaban. Aparecieron como un espectáculo maravilloso aquellos seres formados por caballos alados y hombres. El tamaño de estos hombres era como el del Coloso de Rodas<sup>33</sup> desde la cintura para arriba, el de los caballos como el de una nave grande de transporte. Su número no lo voy a dar, no sea que a alguien le parezca increíble: tan grande era. Los capitaneaba el Arquero del Zodíaco<sup>34</sup>.

Cuando vieron a sus compañeros vencidos enviaron un mensaje a Faetonte rogándole que atacara de nuevo. Se colocaron en orden de batalla y cayeron sobre los Selenitas que estaban desordenados, ya que se hallaban dispersos sin concierto por causa de la persecución y el pillaje. Hacen huir a todos y persiguen al rey hasta la ciudad, dando muerte a la mayoría de sus buitres. Arrancan los trofeos, bajan corriendo por el llano que formaba la tela de araña y nos capturan a mí y a dos de mis compañeros. Se presentó entonces Faetonte y levan-

32. Hijo de Zeus y Europa. En la guerra de Troya pereció a manos de Patroclo. Su muerte fue anunciada por una lluvia de sangre, señal del dolor de su padre divino (*Ilíada* XVI.458-461).

33. La famosa estatua, una de las siete maravillas del mundo antiguo, se cernía sobre el puerto de Rodas. Luciano no pudo verla nunca porque se derrumbó en el terremoto del año 236 a.C.

34. Más conocido por el nombre latinizante: Sagitario.

taron por su parte otros trofeos. Ese mismo día nos llevaron al Sol con las manos atadas a la espalda mediante un trozo de aquella tela de araña.

19 Ellos decidieron no cercar la ciudad, se volvieron atrás y tapiaron el espacio intermedio de forma que no llegara la luz del Sol a la Luna. El muro era doble y estaba hecho de nubes, de modo que sobrevino un verdadero eclipse lunar y toda la Luna quedó sumida en perpetua oscuridad. Presionado por esto, Endimión envió embajadores al Sol para pedir que derribaran el muro y que no los dejaran viviendo entre tinieblas; prometió además pagar tributos, ser en adelante aliado del Sol y los suyos, y no hacerles guerra, y hasta intentó entregar rehenes como garantía de todo esto. Los de Faetonte tuvieron dos reuniones. En la primera no depusieron su cólera, pero en la siguiente cambiaron de parecer y se hizo la paz en los siguientes términos:

20 Los Solares y sus aliados conciertan un tratado con los Selenitas de este tenor:

1. Los Solares derribarán el muro y ya no invadirán la Luna, y devolverán los prisioneros cada uno al precio convenido.

2. Los Selenitas concederán autonomía a los demás astros y no harán guerra a los Solares, sino que unos y otros serán aliados en caso de ataque.

3. Deberá pagar cada año al rey del Sol el rey de la Luna un tributo de diez mil ánforas de rocío y enviarle diez mil rehenes.

4. Se habrá de hacer la colonización del Lucero del Alba en común y admitir a cualquiera de los otros que se adhiera.

5. Este tratado se escribirá en una estela de ámbar y se colocará sobre los cielos en la frontera común.



Prestan juramento por parte de los Solares: Fogoso, Estival y Abrasador. Por parte de los Selenitas: Nocherniego, Lunático y Reluciente.

De este modo se hizo la paz. Inmediatamente abatieron el muro y nos devolvieron a nosotros los prisioneros. Cuando llegamos a la Luna, nuestros compañeros y el mismo Endimión nos recibieron y nos saludaron con lágrimas. Endimión me pidió que me alojara en su casa y que participara en la colonización, prometiendo entregarme en matrimonio a su propio hijo, pues entre ellos no hay mujeres<sup>35</sup>. Yo no acepté, ni mucho menos, y le supliqué que me mandara abajo al mar. Cuando comprendió que era imposible persuadirme, nos despidió, después de habernos tenido hospedados en su palacio siete días. 21

Quiero contar todo lo que de raro y maravilloso vi en ese intervalo de tiempo que estuve todavía en la Luna. Lo primero de todo es esto de que no nazcan de mujeres sino de varón. Los varones se casan entre sí y desconocen por completo el nombre de mujer. Hasta los veinticinco años hacen de esposas; a partir de esa edad hacen de maridos. No engendran en el vientre sino en la parte ventruda de la pantorrilla. Cuando prende el feto se hincha la pantorrilla. Al cabo de un tiempo lo desgajan, lo sacan muerto a través de un corte y lo colocan con la boca abierta y cara al viento para que reviva. Seguramente de ahí viene la denominación griega del ‘vientre de la pantorrilla’<sup>36</sup>, porque 22. *La vida en la luna*

35. Recuérdese que según los relatos míticos tampoco en la tierra había mujeres antes de Pandora.

36. En griego *gastroknemía*. El compuesto es de la lengua común y se pretaba a estas fantasías: se contaba, por ejemplo, que Dioniso

entre ellos es en esa parte donde tiene lugar la preñez y no en la barriga.

Voy a contar otra cosa más extraña todavía. Hay allí una raza de hombres llamados los Arbóreos<sup>37</sup>, que nacen del siguiente modo. Cortan el testículo derecho a un hombre y lo siembran en el suelo. Brota de ahí un árbol enorme, de carne, como un falo. Tiene ramas y hojas. Sus frutos son bellotas de un codo de tamaño. Cuando maduran, las recogen, las mondan y sacan un hombre. Tienen las vergüenzas de quita y pon, unos pocos de marfil y los demás –los pobres– de madera. Con estos miembros se aparean y juntan en sus matrimonios.

23 Cuando un individuo envejece, no muere, sino que a manera de tenue humo se evapora en el aire. Todos comen lo mismo. Encienden fuego y asan ranas en las brasas, pues entre ellos hay muchas ranas revoloteando por los aires. Cuando están asándolas se ponen alrededor como si estuvieran a la mesa y aspiran el humo del asado para así saciarse<sup>38</sup>. Con tal condumio se sustentan. Beben aire exprimido en copas, que suelta un caldo como rocío. No pueden orinar ni defecar, porque no tienen los orificios donde nosotros, ni los muchachos ofrecen las posaderas para las relaciones, sino un agujero que tienen en el corvejón sobre las pantorrillas.

Consideran hermosos ellos a los calvos y lampiños, llegando a aborrecer a los melenudos. En cambio en los cometas, pues han venido algunos habitantes de cometas y lo han referido así, consideran hermosos a los melenudos<sup>39</sup>. Además les nace barba un poco más arriba

había nacido del muslo de Zeus.

37. *Dendrítai*.

38. Como hacían los dioses con el humo de los sacrificios.

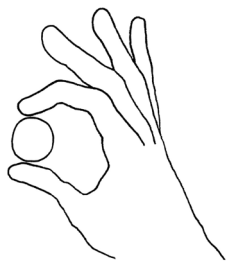
39. Etimológicamente la palabra ‘cometa’ (del griego *kométes*)

de las rodillas. No tienen uñas en los pies sino un solo y único dedo. Encima de las nalgas cada uno de ellos lleva a manera de rabo una gran col, que, siempre lozana, no se espachurra si caen de espaldas.

Moquean miel muy sabrosa y cuando trabajan o hacen ejercicio sudan leche por todo el cuerpo, de tal modo que hasta cuajan queso con ella poniéndole unas gotitas de miel. Sacan de las cebollas un aceite muy graso y oloroso como mirra. Tienen muchas vides que les producen agua, toda vez que los granos de uva de las cepas son como granizo y, según creo, cuando hace viento y sacude esas viñas, cae entonces una granizada sobre nosotros procedente de sus racimos.

Usan el vientre como bolsa y en él colocan cuanto les hace falta y pueden cerrarlo y abrirlo a voluntad. Al parecer no tienen los mondongos en esa parte, que es blanda y lanuda toda por dentro, de manera que, cuando hace frío, meten en esa bolsa a los recién nacidos<sup>40</sup>.

El vestido de los ricos es de vidrio flexible y el de los pobres de fibras de cobre. Las regiones de allá son ricas en cobre. Trabajan el cobre mojándolo con agua como la lana. Acerca de sus ojos y de cuántos son en número, tengo yo ciertos reparos en hablar, no sea que, por lo increíble de mi informe, alguno crea que miento. No obstante diré lo siguiente. Sus ojos son postizos y el que quiere se los quita y los guarda



quiere decir 'estrella melenuda'.

40. Hay alusiones a presuntos marsupiales con bolsas para guardar a los hijos en Aristóteles (*Hist. anim.* VI.12.2) y Eliano (*Hist. anim.* I.27).

hasta que necesita ver: entonces se los coloca y ve. Muchos, por haber perdido los suyos propios, utilizan los de otros para ver. Hay también quienes tienen muchos ojos en reserva: son los ricos. Sus orejas son hojas de plátano, excepto las de los que proceden de las bellotas, que las tienen de madera.

26 Otra maravilla vi en el palacio real: hay colocado sobre una cisterna no muy profunda un espejo grandísimo<sup>41</sup>. Si uno baja a la cisterna, oye todo lo que se habla en la Tierra, y si se mira al espejo, se ven todas las ciudades y aldeas como si se estuviera al lado de ellas. Vi yo entonces a mis familiares y toda mi comarca natal: si ellos pudieron verme a mí, no lo puedo decir con certeza. Quien no crea que esto es como digo, que vaya allá y verá que digo la verdad.

27. *Partida de la luna a otros mundos*

Luego, tras despedir al rey y a los suyos, embarcamos y partimos. Endimión me hizo unos regalos: dos mantos de cristal y veinte de cobre, más una armadura completa de altramuz, todo lo cual lo dejé dentro de la ballena. Envié con nosotros como escolta durante quinientos estadios a mil Montabuitres.

28 En esta singladura conocimos otros países y llegamos a atracar en el Lucero del Alba recién colonizado; bajamos allí del barco e hicimos la aguada. Zarpamos en dirección del zodiaco y por la izquierda rebasamos el Sol después de bordear la Tierra. No desembarcamos a pesar de que mis compañeros lo deseaban vivamente, pues el viento no nos lo permitió. Vimos una región boscosa y fértil, bien regada y repleta de riquezas. Al vernos los Nublocentauros, que eran mercenarios de Faetonte,

41. Este espejo mágico aparece en diversos relatos folclóricos. El propio Luciano describe en *Icaromenipo* (25) un pozo de los deseos por el que llegan las súplicas de los hombres hasta el propio Zeus.

sobrevolaron la nave y, cuando vieron que el tratado nos protegía, se fueron.

Ya los Montabuitres también se habían ido. Navegamos durante la noche y, al día siguiente, al atardecer, llegamos a la llamada Lampadópolis<sup>42</sup> continuando nuestro descenso en barco. Esta ciudad se encuentra entre las Pléyades y las Híadas, suspendida en las alturas, pero mucho más abajo que el Zodíaco. 29

Desembarcamos y no vimos ningún hombre sino muchas lámparas corriendo de acá para allá y haraganeando en la plaza y el puerto. Las unas eran pequeñas y como pobres; pocas eran grandes y poderosas, muy brillantes y relucientes.

Cada cual poseía su morada y su candelabro. Tenían nombres como nosotros los humanos, las oímos hablar y no nos hicieron ningún daño, antes bien, nos ofrecieron su hospitalidad. Sin embargo, sentimos miedo y ninguno de los nuestros fue capaz de comer o dormir en sus casas.

Tienen un edificio comunal en medio de la ciudad donde se sienta su gobernador toda la noche y llama a cada uno por su nombre. A quien no responde se le condena a muerte por desertor. La muerte es apagarse. Estuvimos presentes y vimos lo que ocurría, y al tiempo oímos a las lámparas hablar y dar las razones por las que tardaban. Entre ellas reconocí a mi lámpara, le pregunté por los de casa y me enteré de cómo les iba, ella me lo contó todo.

Pernoctamos allí y al día siguiente izamos velas y zarparamos, ya cerca de las nubes. Quedamos asombrados entonces al ver la ciudad de Cucolandia de las Nubes,

42. *Lychnópolis*.

pero no desembarcamos en ella porque no lo permitió el viento. Se decía que reinaba en ella Grajillo el hijo de Mirlitón. Yo me acordé de Aristófanes el autor de comedias, hombre sabio y veraz, al que sin razón no se le cree lo que dejó escrito<sup>43</sup>. Tres días después vimos ya claramente el Océano, aunque por ninguna parte se divisaba tierra excepto las tierras de las alturas que aparecían brillantes y luminosas. Al mediodía de la cuarta jornada el viento fue amainando hasta desaparecer y nos posamos sobre la superficie del mar.

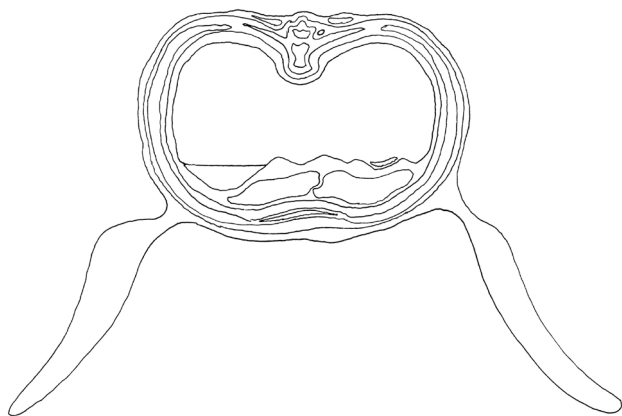
30. En el  
vientre del  
monstruo

Quando tocamos agua, experimentamos una sensación maravillosa, nos alegramos sobre manera y nos tranquilizamos con nuestra situación. Nos tiramos del barco y nos bañamos, pues en aquellos momentos había calma y el mar estaba quieto. Pero parece que un cambio a mejor es en muchas ocasiones prelude de males mayores y, así, tras navegar en calma tan sólo dos días, al amanecer del tercero, vimos de pronto muchos monstruos y ballenas.

El mayor de todos tenía una longitud de mil quinientos estadios. Se nos echó encima con las fauces abiertas revolviendo terriblemente las aguas, batiendo espumas y enseñando unos dientes muchos más largos que los falos de nuestras ceremonias<sup>44</sup>, todos agudos como estacas y blancos como el marfil. Nos despedimos unos de otros por última vez y aguardamos unidos en un abrazo. El monstruo estaba ya cerca y nos arrastró engulléndonos con el barco y todo. Pero no nos trituró previamen-

43. En la comedia de Aristófanes titulada *Las aves* aparece semejante ciudad aérea: *Nephelokokkygía*.

44. Nos han llegado representaciones fálicas antiguas, de índole ritual, de diversos tamaños y formas, con lo que estamos obligados a imaginar sin precisar nada.



te con sus dientes, sino que la nave, a través de las entre-  
telas del bicho, vino a caer en su vientre.

Una vez dentro, al principio todo estaba oscuro y no  
veíamos nada; luego, en los momentos en que el mon- 31  
struo abría sus fauces, contemplamos una cavidad enorme,  
muy llana y espaciosa, capaz de albergar en su interior  
a una población de diez mil vecinos. Había esparcidos  
por allí peces grandes y chicos y otros muchos animales  
despedazados, mástiles y áncoras de barcos, osamentas  
humanas y embalajes. En medio había tierras y colinas,  
formadas, según creo, con el barro que la ballena traga-  
ba. Sobre estos terrenos había matorrales y toda clase de  
árboles. Había legumbres y el aspecto era tal como el de  
un campo cultivado. El contorno de estos terrenos era  
de doscientos cuarenta estadios. Era posible ver pájaros  
marinos, gaviotas y alciones que anidaban en los árboles.

Mucho lloramos entonces, pero luego animé a mis 32  
compañeros, varamos la nave, encendimos fuego frotan-  
do unos palos y cocinamos con lo que teníamos más a  
mano: peces en abundancia y agua del Lucero del Alba.

Al día siguiente, después de levantarnos, cuando la ballena abría las fauces, divisábamos unas veces tierra y montañas, otras sólo el cielo, y en muchas ocasiones islas. De ello dedujimos que la ballena nos llevaba por esos mares a gran velocidad.

Cuando llevábamos allí algún tiempo y nos habíamos habituado ya, escogí a siete compañeros y me dirigí al bosque con la intención de explorarlo todo. Aún no había avanzado cinco estadios<sup>45</sup> cuando hallé un templo –según se veía por una inscripción– consagrado a Poseidón y detrás de él, a corta distancia, gran cantidad de tumbas con estelas sobre ellas y al lado una fuente de agua clara. Oímos el ladrido de un perro, surgió a lo lejos una humareda y nos pareció ver una cabaña.

33 Aceleramos el paso y encontramos a un viejo y un muchacho que con gran esmero regaban un huerto repartiendo el agua de la fuente en los arriates. A un tiempo contentos y asustados, nos quedamos quietos. A ellos, como es natural, les pasó lo mismo que a nosotros y se quedaron parados. Al rato, el anciano dijo:

–¿Quiénes sois, forasteros? ¿Sois acaso divinidades marinas o simples mortales tan desgraciados como nosotros? Porque nosotros éramos hombres que vivíamos en la tierra y ahora vivimos en el mar y navegamos en esta bestia que nos transporta sin saber con certeza lo que nos ocurrirá, pues creemos estar muertos, pero sabemos que estamos vivos.

A esto respondí yo:

–También nosotros somos hombres, padre, unos recién llegados a los que ayer mismo se tragó el monstruo junto con su barco. Hemos venido hasta aquí para ver

45. 888 metros.



cómo era esta parte del bosque, pues parecía muy espesa. Seguramente algún genio nos dirigió para que te viésemos y así comprendiéramos que no somos los únicos que estamos encerrados en este bicho. Pero cuéntanos qué te pasó, quién eres y cómo entraste aquí.

Pero él contestó que ni nos explicaría ni nos preguntaría nada sin antes agasajarnos con prendas de hospitalidad escogidas de lo que más a disposición tenía, y nos fue llevando de la mano hasta su casa (porque se había construido una casa espaciosa con jergones y otros perrechos), nos sirvió legumbres, frutos secos y pescado, e incluso escanció vino. Cuando estuvimos completamente hartos nos preguntó qué nos había sucedido. Le conté todo por su orden: la tempestad, la singladura de la isla y la de los cielos, la guerra y todo lo demás hasta nuestro descenso al vientre de la ballena.

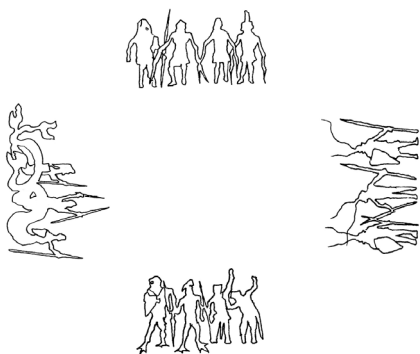
Se asombró sobre manera y nos contó su aventura así:

34

—Soy chipriota de nación, forasteros. Con este hijo mío que aquí veis y con otros muchos criados hacía un viaje de negocios desde mi tierra a Italia transportando mercancías diversas en esa nave de carga que tal vez hayáis visto destrozada en la boca de la ballena. Hasta Sicilia la travesía fue buena. Allí nos sorprendió un violento temporal y nos alejamos hacia el Océano durante tres días. Entonces topamos con la ballena que engulló a la tripulación entera y sólo nosotros dos nos salvamos, los demás murieron. Luego de enterrar a los compañeros y erigir un templo en honra de Poseidón, llevamos esta vida que veis, cultivando legumbres y comiendo pescado y fruta. Mucho campo, como veis, hay aquí, con viñas numerosas que dan un vino de lo mejor. Tal vez habéis visto una fuente de agua exquisita y muy fresca. Nos hemos fabricado una cama de hojarasca y hacemos fuego siempre que queremos. Incluso cazamos pájaros que se

meten aquí dentro volando, pescamos peces vivos acercándonos a las agallas de la bestia, donde además nos lavamos cuando encarta. También más allá hay un lago de veinte estadios<sup>46</sup> de contorno donde se crían peces de todas clases y donde nadamos y navegamos con una barca pequeña que construí. Hace ya veintisiete años  
35 que nos tragó el bicho. La verdad es que esto se podría soportar si nuestros vecinos y colindantes no fueran tan rudos y salvajes, tan fieros e intratables.

—¿De manera —le dije yo— que hay más gente en la ballena?



—Mucha —respondió—, pero inhóspita y de mala cataradura. La parte occidental<sup>47</sup> del bosque y la región de la cola la pueblan los Salazoneros, raza de ojos de anguila y cara de langosta, belicosa, sañuda y carnívora. La parte del otro costado, a la derecha, la pueblan los Tritono-

46. 3.552 metros.

47. En el vientre de la ballena no valen los puntos cardinales. Luciano parece entender que el norte es la boca del bicho.

carneros, por arriba semejantes a hombres y por abajo a peces-espada, aunque son menos fieros que los otros. En la parte izquierda viven los Manos-de-cangrejo y los Cabezas-de-atún, que han hecho alianza y amistad entre sí. En las regiones centrales habitan los Raboduros y los Piespalmeados, raza belicosa y muy capaz para la carrera<sup>48</sup>. La parte oriental, la de la boca, está desierta casi toda ella y batida por el mar. A pesar de todo, yo habito esta región porque pago a los Piespalmeados un tributo de quinientas ostras al año. Así es el país. Vosotros tenéis que pensar cómo nos enfrentaremos a estos pueblos y cómo nos mantendremos.

—¿Cuántos son en total? —dije yo.

—Más de mil —respondió.

—¿Qué armas tienen?

—Ninguna, excepto espinas de pescado.

—Entonces —dije yo— lo mejor será atacarles, pues nosotros estamos armados y ellos no. Y si los derrotamos, viviremos tranquilos el resto de nuestras vidas.

Se aprobó mi resolución, volvimos a la nave y tomamos las armas. El motivo de la guerra sería el incumplimiento del tributo, toda vez que ya se acercaba la fecha del pago. Ellos exigieron el tributo. El anciano les respondió con altanería y despachó a los emisarios. Primero los Piespalmeados y los Raboduros se enojaron con Esquíntaro (así se llamaba<sup>49</sup>) y se presentaron con gran estruendo.

48. Desde los Salazoneros a los Piespalmeados el lector da con unas acuñaciones lucianescas que el traductor traspasa a la lengua castellana, menos apta para la creación de compuestos que la griega. Son los *Tarichânes*, *Tritonomédetes*, *Karkinócheires*, *Thynnoképhaloi*, *Pagourídai* y *Psettópodes*.

49. El nombre deriva de *skinthós*, 'buceador'.

37 Pero nosotros, temerosos de un ataque, aguardábamos bien armados y habíamos dispuesto una emboscada con veinticinco hombres. Previamente les dimos instrucciones a los emboscados para que en cuanto vieran pasar de largo al enemigo lo acometieran, y así lo hicieron. Ellos atacaron y cortaron la retirada y nosotros, también en número de veinticinco –pues Esquíntaro y su hijo iban en nuestras fuerzas– les embestimos de frente y, trabando combate con valentía y ardor, probamos suerte. Finalmente los pusimos en fuga y los perseguimos hasta sus madrigueras. Murieron ciento setenta de los enemigos y uno de nosotros, el timonel, al que atravesaron el lomo con una espina de salmonete.

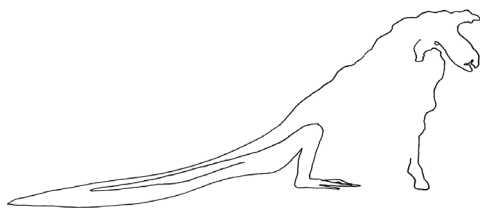
38 Aquel día y aquella noche acampamos en el campo de batalla y levantamos un trofeo hincando una raspa seca de delfín. Al día siguiente, al enterarse los demás, se presentaron. El flanco derecho lo ocupaban los Salazoneros con su jefe Pélamo, el flanco izquierdo los Cabezas-de-atún y el centro los Manos-de-cangrejo. Pues los Tritonocarneros se quedaron quietos sin decidirse a entrar en alianza con ninguno. Nosotros nos pusimos delante de ellos, cerca del templo de Poseidón, y trabamos batalla con gran griterío. La ballena retumbaba como una caverna. Una vez que los pusimos en fuga, pues iban armados a la ligera, y los perseguimos hasta el bosque, quedamos en lo sucesivo como dueños del territorio.

39 No mucho después enviaron heraldos para recoger sus muertos y hacer propuestas de paz. No nos pareció bien hacer las paces, sino que al día siguiente fuimos hacia ellos y



los exterminamos a todos, salvo a los Tritonocarneros. Estos, en cuanto supieron lo ocurrido, corrieron por las agallas y se arrojaron al mar.

Ocupamos la región ya vacía de enemigos y vivimos en adelante tranquilamente empleándonos la mayor parte del tiempo en deportes y cacerías, cultivando las viñas, recogiendo los frutos de los árboles. En resumidas cuentas, parecíamos prisioneros en una cárcel enorme e ineludible que lo pasaban bien y gozaban de libertad.



Un año y ocho meses vivimos así. Al quinto día del noveno mes, hacia la segunda apertura de boca —como la ballena hacía esto una vez cada hora nosotros calculábamos así por sus bostezos la hora del día—, hacia la segunda apertura, como dije, de repente, se oyeron voces y mucho ruido y como órdenes y golpes de remo. Alterados, subimos a rastras hasta la misma boca del bicho y, puestos de pie tras el cerco de los dientes, vimos el más extraño espectáculo de todos los que yo haya visto nunca. Hombres enormes, de medio estadio de altura, navegando sobre grandes islas<sup>50</sup> como sobre trirremes.

*40. Batalla  
de las islas*

50. El tema de las islas errantes aparece en la mitología griega. Tal era la propiedad de la isla de Delos antes de que los dioses la sujetaran al fondo marino para que en ella nacieran Apolo y Diana. Heródoto (II.153) oyó hablar de una en Egipto.

Sé que voy a contar cosas que parecen increíbles, pero las contaré no obstante.

Las islas eran largas, aunque no muy elevadas, y tenían cerca de cien estadios de perímetro cada una. Sobre ellas navegaban alrededor de ciento veinte hombres de aquellos. Unos iban sentados en filas a cada lado de la isla y remaban con cipreses descomunales que hacían las veces de remos, con ramas, hojas y todo. Detrás, sobre la popa, el que parecía el timonel estaba en pie sobre una elevada colina con un timón de bronce de cinco estadios de largo<sup>51</sup>. Sobre la proa, cosa de cuarenta de ellos, armados, combatían, en todo semejantes a hombres excepto en la cabellera: era de fuego y ardía de modo que no necesitaban penachos. En lugar de dar en las velas el viento daba en los árboles y, como había muchos, impulsaba y transportaba cada isla adonde quería el timonel. Los dirigía un cómitre y, a golpe de remo, se movían rápidamente como grandes naves de guerra.

41      Primero vimos dos o tres; luego, aparecieron como seiscientas. Tomaron posiciones y emprendieron una batalla naval. Muchas se embestían entre sí de proa y muchas también, al ser alcanzadas, se hundían; las unas, trabadas, luchaban reciamente y no se soltaban con facilidad, pues los que estaban colocados en la proa ponían todo su empeño en abordar y destruir. A nadie se le perdonaba la vida. En vez de garfios se arrojaban unos a otros enormes pulpos trabados con cuerdas, que se pegaban a los árboles y mantenían quieta la isla. Se disparaban y se herían con ostras como carros y con esponjas de una fanega.

51. Recordemos que el timón de las naves antiguas es una enorme pala (*pedálion*) que se maneja por encima de la borda. El timón central e integrado en el casco del navío es invención del Medievo.

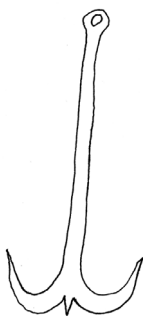


Era el jefe de uno de los bandos Eolocentauro y del otro Bebemar<sup>52</sup>. La batalla surgió entre ellos, al parecer, por culpa de la piratería, pues se decía que Bebemar había robado muchos rebaños de delfines a Eolocentauro, según se dejaba entender por lo que se decían unos a otros y por cómo nombraban a sus reyes a gritos. Acabaron por triunfar los de Eolocentauro y hundieron alrededor de ciento cincuenta islas enemigas, capturando tres con su tripulación. Las restantes viraron sus proas y emprendieron la huida. Las persiguieron un trecho y, como caía ya la tarde, se volvieron al lugar del naufragio, recogieron gran parte del botín y salvaron lo suyo. Y es que de las suyas se hundieron no menos de ochenta islas.

Levantaron un trofeo de la batalla naval sobre la cabeza de la ballena hincando una de las islas enemigas. Aquella noche la pasaron alrededor de la bestia después de echar en ella sus amarras y atracar cerca con sus anclas. Se sirven de unas anclas de cristal duras y enormes. Al día siguiente hicieron un sacrificio sobre la ballena,

52. *Aiolokéntauros y Thalassopótes.*

enterraron a los suyos sobre ella y bogaron lejos, alegres y cantando una especie de peán. Esto fue lo ocurrido en la batalla de las islas.





## SEGUNDA PARTE

A partir de entonces empecé a cansarme de la vida dentro de la ballena. Harto de estar allí, andaba buscando el medio de echarme fuera de algún modo. Primero decidimos agujerear el costado derecho y escaparnos; comenzamos a perforar, pero después de haber avanzado cosa de cinco estadios<sup>53</sup>, nada conseguimos. Abandonamos el túnel y decidimos meter fuego al bosque, pues así moriría tal vez la ballena. Y si ello ocurría la salida iba a sernos fácil.

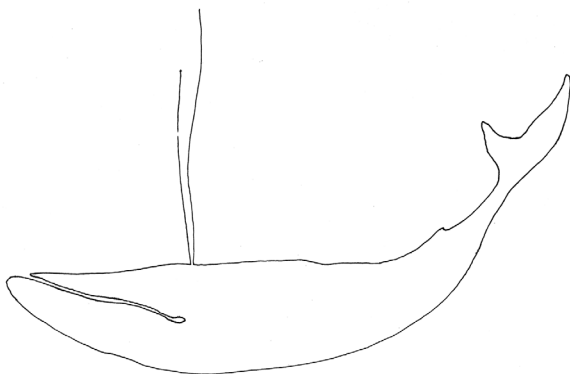
*1. Escapatoria  
del vientre  
de la ballena*

Lo quemamos empezando por la cola; durante siete días y otras tantas noches la ballena soportó el incendio sin sentirlo. A los ocho o nueve días notamos que se sentía mal, pues bostezaba cada vez con mayor esfuerzo y siempre que lo hacía cerraba la boca rápidamente. A los diez u once días empezó al fin a gangrenarse yapestaba. En la jornada duodécima nos dimos cuenta a tiempo de que si no apuntalábamos sus quijadas en uno de los bostezos del bicho, corríamos el riesgo de morir encerrados en su cadáver. De manera que hincamos en su boca grandes vigas, preparamos la nave y cargamos toda el agua que pudimos y otras provisiones. Esquíntaro iba a ser nuestro timonel.

Al día siguiente la ballena murió por fin. Arrastramos la embarcación y la sacamos a través de sus entrete-

53. 888 metros.

las, la amarramos a sus dientes y poco a poco la botamos al mar. Subimos al lomo de la bestia, hicimos un sacrificio a Poseidón, acampamos allí junto al trofeo durante tres días (pues no hacía viento ninguno) y al cuarto día zarpamos. Vimos allí muchos muertos de la batalla naval; tropezábamos con ellos, les tomábamos las medidas y quedábamos asombrados.



Navegamos algunos días con tiempo apacible; luego sopló recio el viento del norte, vinieron fríos y con ellos se heló todo el mar, no sólo en la superficie sino también hacia lo hondo, unas trescientas brazas, de manera que bajamos del barco y pudimos caminar sobre el hielo. Como el viento persistía y no podíamos aguantar, decidimos, siguiendo las indicaciones de Esquíntaro, cavar en el hielo una caverna espaciosa y en ella nos refugiamos durante treinta días. Hacíamos fuego y comíamos el pescado que capturábamos abriendo unos agujeros en el suelo. Cuando se acabaron nuestras provisiones salimos y sacamos la nave del hielo en que estaba in-

crustada, extendimos la vela y navegamos deslizándonos suave y lentamente por el hielo. A los cinco días salió el sol, el hielo se derritió y todo se volvió de nuevo agua.

Tras navegar cosa de trescientos estadios<sup>54</sup>, fuimos a parar a una isla pequeña y desierta en la que hicimos la aguada (pues ya se nos había acabado la provisión), cazamos con arco dos toros salvajes y zarpamos. Estos toros no tenían los cuernos sobre la testuz sino por debajo de los ojos como quería Momo<sup>55</sup>. 3

No mucho después nos adentramos en un mar que no era de agua sino de leche. Divisamos en él una isla blanca llena de viñedos. Era la isla un sólido queso, según pudimos comprobar luego cuando comimos trozos de él, de unos veinticinco estadios de contorno. Las viñas estaban repletas de racimos y al pisarlos bebimos de ellos leche en vez de vino. Había en medio de la isla un templo erigido en honor de la ninfa Galatea<sup>56</sup>, según rezaba una inscripción. Todo el tiempo que estuvimos allí su suelo fue para nosotros el pan y la carne, y nuestra bebida fue la leche de las uvas. Se decía que reinaba en aquella isla Tiro<sup>57</sup> la hija de Salmoneo, a la que Poseidón le había otorgado tal honor cuando ella dejó nuestras tierras.

Pasamos cinco días en la isla y al sexto zarpamos con un poquitín de brisa y el mar algo rizado. A los ocho 4

54. Unos 53 kilómetros.

55. Dios de la burla y la risa. Era hijo de la Noche (Hesíodo, *Theog.* 214). En su lógica estricta este dios quiere que los toros no embistan a ciegas sino como espadachín que sabe adónde dirige el golpe.

56. Ninfa marina, enamorada de Acis y amada en vano por el cíclope Polifemo. La desgraciada historia la celebraron Teócrito (*Cíclope* 19), Ovidio (*Met.* XIII.740-897) y Góngora (*Fábula de Polifemo y Galatea*). Su nombre deriva del griego *gála*, 'leche'.

57. El nombre griego de la joven, *Tyró*, suena como 'queso'.

días, ya navegando en agua salada y azul fuera del mar de leche, vimos correr por la superficie del mar muchos hombres en todo semejantes a nosotros, en el cuerpo y la estatura, mas no en los pies: estos miembros eran de corcho, que es por lo que yo creo que se les da el nombre de Corchípodos<sup>58</sup>. Quedamos asombrados de ver que no se hundían, sino que se mantenían sobre las olas y sobre ellas caminaban tranquilamente. Se acercaron y nos saludaron en griego, diciéndonos que se dirigían a toda prisa hacia su patria, Corcho<sup>59</sup>. Se colocaron a nuestro lado y nos escoltaron un trecho, luego se dieron la vuelta y tras desearnos buen viaje tomaron su ruta.

Al poco tiempo aparecieron muchas islas y cerca, a babor, Corcho, que era adonde aquellos se encaminaban, una ciudad construida sobre un ingente y redondo corcho. Hacia adelante y más a la derecha había cinco islas grandísimas y muy altas en las que ardía mucho 5 fuego. Por la parte de proa divisamos una sola isla llana y baja, distante no menos de quinientos estadios. Ya estábamos cerca cuando sopló sobre nosotros una brisa maravillosa, suave y perfumada, como dice el historiador Heródoto<sup>60</sup> que huelen los aires de la Arabia Feliz. Semejantes a los de rosa, narciso, jacinto, lirio, violeta y aún mirra, laurel o la flor de la vid, tales eran los efluvios que nos llegaban. Encantados con aquel olor y ansiosos de deleites después de tan largas fatigas, en poco tiempo estuvimos cerca de la isla.

Ya allí, vimos alrededor muchos varaderos acogedores y espaciosos, ríos diáfanos que desembocaban pláci-

58. *Phellópodes*.

59. *Phelló*.

60. III.113: «... de las tierras de Arabia emana un perfume de maravillosa suavidad».

damente en el mar, prados también y bosques con pájaros cantores que trinaban, muchos en la playa y otros más en la enramada. Un aire delicado y agradable de respirar se derramaba por la comarca: suaves brisas soplaban plácidamente y sacudían el bosque de modo que también de las ramas agitadas salían gratos y melodiosos acordes, como los que dejan oír las flautas oblicuas en las soledades. También se oía un sonido de voces nada discordante, sino como el que se oye en los banquetes donde uno toca la flauta, otros cantan y otros con palmas marcan el ritmo a las flautas o las cítaras.

Hechizados por todo esto, nos detuvimos sin más, 6  
atracamos y desembarcamos dejando en la nave a Esquíntaro y dos compañeros. Avanzamos por un prado florido y vinimos a dar con unos centinelas y guardias de frontera que nos ataron con guirnaldas de rosas (pues esta es la más recia atadura entre ellos) y nos llevaron ante el gobernador. Por el camino les oímos decir que la isla es la que llaman de los Bienaventurados y que su gobernador era el cretense Radamanto<sup>61</sup>. Nos llevaron a su presencia y éramos los cuartos en la lista de espera entre los que iban a comparecer a juicio.

La primera comparecencia fue la de Ayante<sup>62</sup> el hijo 7  
de Telamón, sobre quien tendría que sentenciarse si quedaba admitido o no entre los héroes. Se le acusaba de haberse suicidado después de volverse loco. En última instancia, tras un largo debate, Radamanto decidió ponerlo en manos de Hipócrates de Cos para que le ad-

61. Uno de los jueces de los Infiernos, junto con Éaco y Minos.

62. Este Ayante o Áyax pretendió heredar las armas de Aquiles, pero los caudillos griegos las asignaron a Odiseo. Ayante entonces enloqueció de rabia y acuchilló un rebaño de ovejas creyendo que eran sus contrincantes. Al recobrar la cordura, avergonzado, se suicidó.

ministrara una dosis de eléboro<sup>63</sup>. Una vez curado, se le admitiría ya en el grupo.

8 El segundo fue un pleito amoroso: Teseo y Menelao litigaban por Hélena para ver con cuál de los dos tenía que vivir<sup>64</sup>. Radamanto determinó que debía vivir con Menelao en vista de lo mucho que este había sufrido y arriesgado por culpa de su matrimonio. Porque resultaba que Teseo tenía además otras mujeres: la Amazona<sup>65</sup> y las hijas de Minos<sup>66</sup>.

9 En tercer lugar se debatió cuál de los dos, Alejandro el hijo de Filipo o Aníbal el cartaginés, ostentaría la preeminencia. Se resolvió que Alejandro fuera por delante y se le puso un asiento junto a Ciro el Grande de Persia.

10 Nos llegó a nosotros la vez en el cuarto turno y el juez nos preguntó qué era lo que había sucedido para que, a pesar de estar vivos todavía, llegáramos a la región sagrada. Le contamos todo punto por punto y, luego, haciéndonos salir, deliberó largo rato y consultó con sus colegas sobre nuestra suerte, ya que junto a él estaban sentados otros muchos consejeros tales como Aristides el Justo<sup>67</sup>.

Cuando lo tuvo decidido, se sentenció que cuando muriésemos tendríamos que rendir cuenta de nuestra entrometida expedición, pero que de momento podríamos vivir cierto tiempo en la isla con los héroes antes de partir. Se fijó el plazo de nuestra estancia en no más de siete meses.

63. Hierba que los antiguos empleaban como remedio de la locura.

64. Hay que tener en cuenta que, antes que Paris, Teseo raptó a Hélena muy niña y la llevó a Atenas, adonde acudieron a rescatarla sus hermanos los Dióscuros, Cástor y Pólux.

65. Antíope o Hipólita.

66. Ariadna y Fedra.

67. Hombre de estado ateniense del s. V a.C.

Inmediatamente las guirnaldas se nos deshicieron 11  
solas y quedamos libres. Nos dirigimos a la ciudad para  
asistir al banquete de los Bienaventurados. La ciudad  
era toda de oro y las murallas de esmeralda. Tenía siete  
puertas, todas de una sola pieza tallada en madera de  
cinamomo. El pavimento de las calles y los aledaños  
de la muralla por su parte interna eran de marfil. Los  
templos de los dioses están contruidos de berilo y en  
ellos se alzan enormes altares monolíticos de amatista  
sobre los que hacen sus hecatombes. Alrededor de la  
ciudad corre un río de mirra de la mejor que mide  
cien brazas<sup>68</sup> reales de ancho y cinco de profundidad,  
muy manso para practicar la natación. Tienen por ba-  
ños grandes casas de cristal calentadas con leña de ci-  
namomo. En lugar de agua en las bañeras se utiliza  
rocío caliente.

Los vestidos que gastan son de tela de araña y de 12  
color púrpura. Los héroes como tales no tienen cuerpo,  
son intangibles, descarnados, dejan ver tan sólo bulto y  
silueta. Pero a pesar de ser incorpóreos, tienen vida, se  
mueven, piensan, hablan entre ellos; en una palabra,  
parece como si sus almas desnudas se desarrollaran  
allí revestidas de un simulacro de cuerpo. Si no los to-  
cas, no puedes decir que no es un cuerpo lo que ves,  
pues son como sombras en pie, aunque no negras. Nin-  
guno envejece, sino que se quedan con la edad que te-  
nían al llegar. Tampoco hay noche entre ellos, ni día  
decididamente claro: es una luz la de esta tierra como  
la del crepúsculo que precede a la aurora. No conocen  
más que una estación del año, siempre es para ellos pri-  
mavera; no les sopla más que un viento, el céfiro.

68. Estas brazas son en el original *pechys*, propiamente codos,  
equivalentes a 0,444 metros.

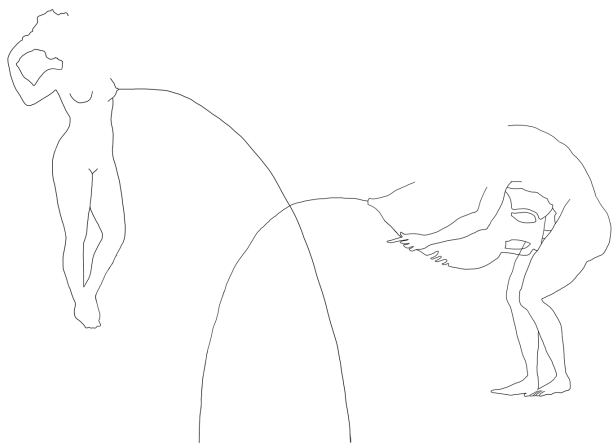
13 La tierra cría toda clase de flores y plantas, así frutales como de sombra<sup>69</sup>. Las viñas rinden su cosecha doce veces al año, por lo que cada mes hay vendimia. Los granados, manzanos y demás frutales dicen que fructifican trece veces al año, pues en un solo mes, su Minoano, cosechan dos veces. En lugar de granos las espigas dan en sus puntas panes de verdad como si fueran hongos. Alrededor de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua y otras tantas de miel y quinientas de mirra, aunque estas más pequeñas; corren siete ríos de leche y ocho de vino.



14 El banquete se celebra fuera de la ciudad, en los llamados Campos Elíseos. Todo alrededor de un hermoso prado se extiende un espeso bosque que exhala toda clase de aromas y da su sombra a comensales cuyos lechos son las flores. Los vientos sirven y traen cada plato pero no los vinos. Y es que para nada necesitan coperos, comoquiera que alrededor de las mesas hay unos árboles crecidos de cristal muy claro cuyos frutos son vasos de las más variadas formas y tamaños. Cuando llega uno al banquete, corta una o dos copas y las pone a la mesa y al punto se llenan de vino solas. Así es como beben. Para las guirnaldas ruiseñores y otros pajarillos recogen flores de

69. Luciano hace juegos de palabras: *heméros*, 'cultivado', se relaciona con *heméra*, 'claridad', y por otra parte esos árboles de sombra (*skieros*) son absurdos en un lugar donde no brilla el sol.





los prados vecinos con sus picos, revolotean sobre los comensales y entre gorjeos dejan caer sobre ellos una nevada de flores. Se perfuman de la siguiente manera. Espesas nubes extraen la mirra de las fuentes y del río, se colocan sobre el banquete y, dejándose estrujar suavemente por el viento, vierten una especie de oloroso rocío.

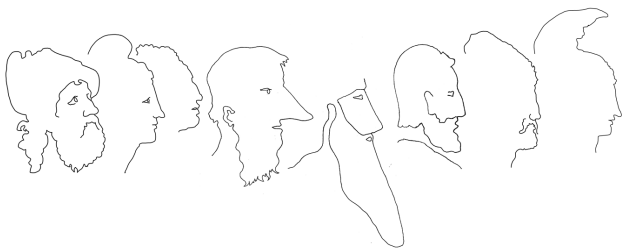
Durante la comida distraen el tiempo con poesías y canciones. Sus preferidos son los cantos épicos de Homero. El mismo Homero está presente y banquetea con ellos puesto al lado de Odiseo. Los bailes son de muchachos y muchachas. Los dirigen y acompañan Eunomo de Locros, Arión de Lesbos, Anacreonte y Estesícoro. La presencia de este último allí prueba que ya Hélena se ha congraciado con él<sup>70</sup>. Cuando semejante coro acaba sus

15

70. La divinizada Hélena castigó a Estesícoro de Hímera (ss. VII-VI a.C.) dejándolo ciego a causa de un poema en que decía mal de ella. El poeta compuso entonces su *Palinodia*, un canto donde negaba

cantos, aparece un segundo coro de cisnes, golondrinas y ruiseñores, a los que, cuando echan a cantar, todo el bosque acompaña preludiado por los vientos.

- 16 Pero lo mejor que tienen para pasarlo bien son dos fuentes que hay junto a las mesas: la de la risa y la del placer. Todos beben de ambas al comienzo del banquete y pasan el rato contentos y risueños.



- 17 Quiero también mencionar las celebridades que entre ellos vi. Estaban allí todos los semidioses, todos los que lucharon en Troya, excepto Ayante el locrio<sup>71</sup>, que me dijeron que era el único que sufría castigo en el sitio de los malos; de los extranjeros estaban los dos Ciro<sup>72</sup>,

el adulterio y la fuga de la hermosa espartana. Su retractación le valió recobrar la vista.

71. Este otro Ayante, hijo de Oileo, durante la caída de Troya, arrancó a Casandra del altar de Atenea. Cuando regresaba a Grecia su barco naufragó, logró escapar con vida, se jactó de ello y acabó hundiéndolo en sus aguas Poseidón.

72. Ciro el Grande (ca. 580-530 a.C.) y Ciro el Joven, que nunca reinó, pero pretendió arrebatarle el trono a su hermano Artajerjes y murió en la batalla de Cunaxas (401 a.C.), en la que participó Jenofonte al mando de un ejército expedicionario griego (cuya retirada narra en la célebre *Anábasis*).

Anacarsis el escita<sup>73</sup>, Zalmoxis el tracio<sup>74</sup>, Numa el itálico<sup>75</sup>, Licurgo el lacedemonio<sup>76</sup>, los atenienses Foción<sup>77</sup> y Telo<sup>78</sup> y los siete sabios, excepto Periandro<sup>79</sup>.

Vi también a Sócrates, el hijo de Sofronisco, charlando con Néstor y Palamedes. A su lado estaban Jacinto de Lacedemonia y Narciso de Tespias, Hilas y otros niños bonitos<sup>80</sup>. Me pareció que Sócrates estaba enamorado de Jacinto pues casi siempre era a Narciso a quien refutaba. Contaban que Radamanto estaba furioso con él y varias veces le había amenazado con echarlo de la isla si seguía diciendo bobadas, manejando su ironía y negándose a pasarlo bien. Platón era el único que no se encontraba allí: se decía que estaba en su utópica re-

73. Amigo de Solón, era un príncipe de los escitas, pueblo nómada de las llanuras situadas al norte del Mar Negro. Se le atribuía la sabiduría natural del buen salvaje y ciertos inventos.

74. Legislador y sacerdote con capacidades parecidas a las de los chamanes nacido entre los getas, pueblo de las estepas rusas (véase Heródoto IV.94-96).

75. Tercer rey de Roma (s. VII a.C.), pacífico introductor de rituales religiosos.

76. Legislador de fecha incierta (anterior al s. VII a.C.) al que se atribuye la constitución militarista y severa de Esparta.

77. Foción (402-318 a.C.) fue político y general en Atenas.

78. Telo es un ciudadano común y corriente que Solón mencionó ante el rey Creso como el más dichoso de los hombres (Heródoto I.30-31).

79. La lista de los siete sabios ofrece cambios. La más común comprende a Cleóbulo de Lindos, Solón de Atenas, Quilón de Esparta, Bías de Priene, Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene y Periandro de Corinto. Este último queda excluido de la bienaventuranza por haber sido tirano.

80. Según se ve, Sócrates, como hacía en vida, charla con dos celebridades de mayor edad (Néstor es el caudillo más anciano y sensato de la guerra troyana y Palamedes es allí mismo un ingenioso inventor) y con un grupo de efebos (Jacinto enamoró a Apolo, Narciso se enamoró de sí mismo e Hilas fue amante de Heracles).

pública disfrutando de la constitución y las leyes que él mismo redactó.

18 Por el contrario los secuaces de Aristipo y Epicuro<sup>81</sup> gozaban de la mayor consideración entre ellos por ser agradables, risueños y amigos de banquetes. También andaba por allí Esopo el frigio: hacía las veces de bufón<sup>82</sup>. Diógenes de Sínope ha cambiado tanto su forma de vida, que no sólo se ha casado con Laida la cortesana, sino que además muchas veces cuando está borracho se levanta a bailar y hace payasadas<sup>83</sup>.

De los estoicos no hay ninguno, pues se dice que todavía están sube que te sube por la empinada montaña de la virtud. De Crisipo oímos decir que no tendría posibilidades de venir a la isla antes de someterse a su cuarta cura de eléboro<sup>84</sup>. De los académicos se contaba que querían venir pero estaban indecisos discutiendo si se podría llegar a una conclusión sobre la existencia de una isla como esta<sup>85</sup>.

Pero mi opinión es que los académicos tienen miedo del juicio de Radamanto, toda vez que han abolido por su cuenta y riesgo toda facultad de juzgar. Dicen que muchos de ellos habían decidido acompañar a los que ya están aquí, pero a medio camino se volvieron por pereza mental y por no poder llegar a una conclusión.

81. Filósofos que defienden el placer como eje del bien y la moral.

82. Como hombre feo, jorobado y antiguo esclavo, al fabulista Esopo (su legendaria figura se sitúa en torno al 600 a.C.) le va bien el papel de bufón.

83. Diógenes el Cínico (ca. 412-323) lanzó puyas contra el matrimonio (una recogida por Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos célebres* II.8.74).

84. De nuevo (como en II.7) la hierba medicinal contra la locura.

85. Los miembros de las llamadas Academia Media y Nueva incurrieron en escepticismo, de ahí sus dudas.

Estos eran los más célebres de los que allí moraban. Honran ellos a Aquiles más que a ningún otro y después de él a Teseo. En cuanto al amor y sus goces se conducen como diré ahora. Se ayuntan con mujeres y niños en público y a la vista de todos sin sentir ninguna vergüenza<sup>86</sup>. Sólo Sócrates hace protestas de que sus relaciones con los muchachos son únicamente amistosas, si bien todos lo acusan de perjurio, ya que en numerosas ocasiones Jacinto y Narciso afirman haber tenido relaciones plenas, a pesar de lo que diga el otro. Las mujeres son comunes a todos y ninguno desea la del prójimo, pues en esto son totalmente platónicos<sup>87</sup>. También los muchachos, sin objetar nada, se entregan a quienes lo desean.

Así que pasaron dos o tres días me acerqué al poeta Homero y, como los dos teníamos tiempo, le pregunté entre otras cosas de dónde era, ya que esta es la cuestión más debatida entre nosotros. Me dijo que no ignoraba que unos lo consideraban natural de Quíos, otros de Esmirna y muchos de Colofón, pero aseguraba ser de Babilonia y que entre sus paisanos se llamaba Tigranes y no Homero; que después se convirtió en rehén<sup>88</sup> entre los griegos y de ahí le vino su nuevo nombre.

Igualmente le pregunté por los versos tenidos por espurios, si era verdad o no que él los había compuesto, y me confesó que todos eran suyos. De manera que yo acuso de flagrante charlatanería a los filólogos seguidores de Zenódoto y Aristarco<sup>89</sup>. Una vez que contes-

86. Heródoto (III.101) y Estrabón (xv.1.56) hablan de pueblos que no conocen el pudor y viven de igual manera.

87. Porque Platón había defendido el comunismo amoroso en *República* 457d.

88. Juego de palabras, ya que «el rehén» se dice en griego *ho meros*.

89. Célebres eruditos alejandrinos, fundadores de la filología. El primero floreció en torno al 280 a.C. y el segundo vivió entre el 216

tó cumplidamente a estas preguntas mías, seguí con la cuestión de por qué había comenzado por ‘la cólera’, y me contestó que porque eso fue lo primero que le vino a la cabeza sin proponérselo<sup>90</sup>. También deseaba saber yo si había escrito la *Iliada* antes de la *Odisea* como sostienen muchos, pero él lo negó. Que ni siquiera era ciego como dicen, lo comprendí al verle a él y no tuve que preguntárselo.

En muchas otras ocasiones procuraba yo abordarlo en cuanto lo veía desocupado y sacarle alguna cosa; él por su parte contestaba gustoso a todas mis preguntas, especialmente después que ganó el pleito. Era que Tersites le había planteado un pleito con un pliego de cargos a causa de las palabras despectivas que le había dedicado en su poema. Homero salió ganador, actuando como su abogado defensor Odiseo<sup>91</sup>.



21 Por aquellos días llegó Pitágoras de Samos después de haber pasado por siete transformaciones y haber vivido en otros tantos cuerpos para completar el ciclo de su alma. Era de oro toda su mitad derecha<sup>92</sup>. Se le admitió

y el 144 a.C.

90. La respuesta deshace las especulaciones pedantes de los eruditos. La primera palabra de la *Iliada* reza en griego *menin*, ‘la cólera’.

91. Odiseo fustiga agriamente a Tersites en la *Odisea* (II.243 ss.).

92. Luciano amplía a todo el costado el legendario muslo de oro que según algunos resaltaba el carácter divino de Pitágoras (Diógenes Laercio, *Vidas...* VIII.1.11).

a vivir allí, pero aún se dudaba si habría que llamarle Pitágoras o Euforbo<sup>93</sup>. También vino Empédocles<sup>94</sup> con todo el cuerpo chamuscado y recocado, pero no se le dejó entrar a pesar de sus muchas súplicas.

Tiempo después se organizó su competición deportiva, que allí se denomina los Juegos Mortuorios<sup>95</sup>. Presidían Aquiles por quinta vez y Teseo por séptima. Como sería largo de contar, voy a resumir lo más importante de lo allí ocurrido. En la lucha venció Cá-rano<sup>96</sup>, descendiente de Heracles, y disputó la corona con Odiseo. En el pugilato hubo empate entre Areo, el egipcio que está enterrado en Corinto, y Epeo<sup>97</sup>. No hay premio de pancracio entre ellos. La carrera no recuerdo quién la ganó. En el certamen poético Homero era desde luego el mejor, pero ganó sin embargo Hesíodo<sup>98</sup>.



22

93. Porque Pitágoras, que defendía la doctrina de la transmigración de las almas (*metempsychosis*), dijo una vez que él era Euforbo, un antiguo guerrero mencionado en la *Iliada*.

94. Empédocles de Agrigento (s. v a.C.) murió arrojándose al cráter ardiente del Etna.

95. Thanatoúsia.

96. Guerrero de la *Iliada* (xxiii.708 ss.) que los reyes de Macedonia consideraron antepasado suyo.

97. Areo es al parecer un filósofo estoico oriundo de Alejandría y Epeo un soldado de la guerra troyana hábil en el pugilato (*Iliada* xxiii.664-665).

98. Referencia al legendario certamen poético de Calcis de Eubea en el que se enfrentaron Hesíodo y Homero. El autor de *Los trabajos y los días* sintoniza mejor con campesinos y burgueses y resultó vencedor sobre el belicoso cantor de la *Iliada*.

Los premios consistían en unas coronas trenzadas con plumas de pavo real<sup>99</sup>.

23 En cuanto concluyeron las competiciones deportivas, llegó la noticia de que los condenados en la región de los malos habían roto las cadenas, habían reducido a los centinelas y avanzaban contra la isla. Se decía que eran sus caudillos Fálaris de Agrigento, Busiris de Egipto, Diomedes de Tracia y las bandas de Escirón y Pitio-campes<sup>100</sup>.



99. Símbolo, entonces como ahora, de vanidad.

100. Fálaris (s. vi a.C.) es el tirano de Agrigento que asaba a sus enemigos dentro de un toro de bronce. Busiris es un legendario rey de Egipto que se enfrentó a Heracles. Diomedes de Tracia poseía unas yeguas fieras que alimentaba con carne humana. Escirón obligaba a los viajeros a lavarle los pies en el mar y, cuando estaban arrodillados, los empujaba al mar, donde una tortuga monstruosa los devoraba. Teseo se negó. Pitio-campes ('Doblapiños') es el mote de Sinis, bandido que ataba a los viajeros entre dos pinos doblados que después soltaba para descuartizarlos.



Cuando Radamanto supo del ataque, colocó a los héroes en orden de batalla a la orilla del mar. Hacían de jefes Teseo, Aquiles y Ayante Telamonio, cuerdo ya. Trabaron combate y vencieron los héroes. Aquiles más que ninguno contribuyó a la victoria.

También se distinguió Sócrates, situado en el flanco derecho, mucho más que cuando en vida combatió en Delion<sup>101</sup>: como que le atacaron cuatro enemigos y ni huyó ni se le demudó el semblante. Le concedieron luego por ello una recompensa: un hermoso y extenso jardín en las afueras de la ciudad donde reúne a sus cofrades para charlar; llamó al paraje Academia de la Muerte<sup>102</sup>.

Capturaron a los vencidos, los amarraron y los expulsaron para que fueran sometidos a castigos aún mayores. Homero llegó a cantar esta batalla en un poema y a mi partida me encargó que trajera el libro al mundo de los hombres. Lo perdí luego entre otras cosas mías. Pero el poema empezaba así:

Cántame ahora, Musa, la lucha de los héroes muertos<sup>103</sup>

Cocieron entonces habas según es costumbre entre ellos cuando ganan una guerra, celebraron un banquete de victoria y organizaron una gran fiesta. Sólo Pitágoras no participó en ella, sino que se sentó más allá porque le daban asco las habas<sup>104</sup>.

101. Según cuenta Alcibíades en el *Banquete* de Platón (220d). La batalla de Delion ocurrió en los comienzos de la Guerra del Peloponeso (invierno del 424 a.C.).

102. *Nekrakademiá*.

103. Este verso parodia el primero de la *Odisea*.

104. Los pitagóricos se abstenían de comer habas.

25 Habían transcurrido ya seis meses y a la mitad del séptimo se organizó una revolución. Ciniras el hijo de Esquintaro, alto y hermoso él, se había enamorado hacía tiempo de Hélena y todos sabían ya que ella estaba locamente enamorada del mozo. Y es que a menudo se echaban guiños en los banquetes, brindaban el uno por el otro, se levantaban solos y paseaban por el bosque. Entre el amor y la desesperación determinó cierto día Ciniras raptar a Hélena (ella consentía) y viajar lejos hacia alguna de las islas cercanas, Corcho o Quesera<sup>105</sup>. Habían escogido como cómplices suyos a tres compañeros míos de los más atrevidos. Ciniras no le dijo nada de esto a su padre, pues suponía que se iba a oponer al intento. Pusieron en marcha su plan en el momento convenido. Al caer la noche (a la sazón yo me encontraba adormilado en el banquete) apresaron a Hélena sin que nadie se diera cuenta y zarparon a toda prisa.

26 A eso de la media noche despertó Menelao y, al ver el lecho vacío sin su esposa, lanzó un grito, tomó a su hermano<sup>106</sup> y se presentó ante el rey Radamanto. Cuando amaneció, los vigías comunicaron que la nave aún se divisaba alejándose hacia alta mar. Radamanto entonces hizo embarcar a cincuenta héroes en una nave construida en una sola pieza con madera de asfódelo<sup>107</sup> y los envió en su persecución. Remaron con denuedo y al medio día dieron alcance a los otros cuando acababan de engolfarse, bordeando la isla Quesera, en el Mar de Leche, que es adonde dirigían su huida. Amarraron la

105. *Phelo* y *Tyroessa* en el original.

106. Agamenón.

107. El país de los muertos o sus alrededores se denomina en las leyendas «Llanura de los Asfódelos» (véase *Odisea* XI.539 y XXIV.13). Los asfódelos se llaman comúnmente en castellano ‘gamones’ o ‘porretas’.

nave con una cadena de rosas y regresaron. Hélena lloraba y, avergonzada, se tapaba la cara con un velo.

Radamanto primero preguntó a los cómplices de Cínicas si tenían otros colaboradores. Como dijeron que no, tras hacer que los azotaran con malvas, los envió hacia la región de los malos atados por sus vergüenzas.

Decidieron por votación hacernos salir de la isla antes del plazo señalado: el día siguiente sin más tardanza. 27

Entonces comencé a lamentarme y a llorar, pues iba a dejar aquella dicha y a vagar de nuevo. Ellos por su parte me consolaban diciendo que no muchos años después estaría de nuevo con ellos y me indicaron ya mi futuro asiento y lecho junto a los mejores.

Me llegué a Radamanto y le pedí con insistencia que me revelara el futuro y me indicara mi rumbo. Me respondió que llegaría a mi país tras mucho vagar y correr peligros; el momento del regreso no lo quiso precisar, si bien, señalándome las islas vecinas (se divisaban cinco y una sexta más allá), me dijo:

—Las más cercanas son las de los malos, esas de las que se ve salir humo en abundancia, y aquella sexta es la Ciudad de los Sueños. Tras ella está la isla de Calipso (aunque tú no puedes verla). Una vez que las rebases, entonces llegarás al extenso continente que hay enfrente de las tierras donde moráis. Después de pasar mucho, recorrer pueblos diversos y enfrentarte con hombres hostiles, a su debido tiempo, llegarás al otro lado del continente.

Así dijo y, arrancando del suelo una raíz de malva<sup>108</sup>, 28 me la alargó y me mandó que la invocara en los peligros

108. En la *Odisea* (x.302) aparece una hierba mágica llamada *moly* que cumple una función parecida a la que aquí cumple la malva, considerada al parecer como planta sagrada por Pitágoras (según Eliano, *Hist.* IV.17).

grandes. Me aconsejó que cuando llegara a mi mundo no atizara el fuego con la espada, no comiera altramuces ni hiciera el amor con muchacho de más de dieciocho años, porque si tomaba en cuenta estos preceptos tendría posibilidades de regresar a la isla<sup>109</sup>.



Dispusimos entonces los pertrechos de la travesía y cuando llegó el momento les acompañamos en el banquete. Al día siguiente me acerqué al poeta Homero y le pedí que me hiciera un epigrama de dos versos. Cuando

109. El de la espada es tabú pitagórico (mencionado por Diógenes Laercio, *Vidas...* VIII.1.17 y Horacio, *Sat.* II.3.276). En cambio los otros dos son invenciones burlescas, puesto que el altramuz es amargo (si no es que hay una referencia malintencionada al *cunnilinguus*; cf. el sinónimo castellano, recogido en DRAE, «chocho») y los chicos de más de 18 años ya no son efebos con cara de niña sino hombres hechos y derechos con los que no habría otra práctica sexual que la pasiva (mal vista).

lo hizo, levanté una estela de berilo junto al puerto y lo grabé en ella. El epigrama decía así:

LUCIANO AMADO DE LOS BIENAVENTURADOS DIOSES TODO ESTO  
CONTEMPLÓ Y LUEGO REGRESÓ A SU TIERRA PATRIA.

Permanecemos allí aquel día también y al siguiente zarpamos escoltados por los héroes. Entonces Odiseo, llegándose a mí a escondidas de Penélope, me dio una carta para que se la llevara a Calipso en la isla Ogigia. También mandó conmigo Radamanto al piloto Naulpio<sup>110</sup> para que, si arribábamos a las islas, ninguno nos apresara en la idea de que navegábamos a cuenta de otros. Cuando, tras avanzar, dejamos atrás las brisas perfumadas, inmediatamente nos llegó un olor terrible como a betún, azufre y pez ardiendo todo junto, y un pesado e insoportable tufo como de carne humana asada, y la atmósfera era oscura y espesa y en ella la pez se condensaba a manera de rocío. Además escuchamos chasquidos de látigos y llantos de muchos hombres.

A las demás islas no nos acercamos, pero aquella en la que desembarcamos era como describiré. Estaba circundada de acantilados, era abrupta, reseca y llena de pedregales y riscos; no había en ella ni árboles ni agua. Trepamos a pesar de todo por los precipicios y avanzamos por cierto sendero lleno de cardos y espinos; el paisaje era muy feo. Llegamos al cercado y al sitio de los castigos y en primer lugar nos maravillamos de la naturaleza del paraje, pues este suelo da por todas partes espadas y agujijones y a su alrededor corren dos ríos, uno de fango y otro de sangre. Por el interior corre un tercer

110. Timonel en el navío donde viajaron los Argonautas (véase Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* I.138).

río de fuego, muy ancho e imposible de cruzar; fluye realmente como si fuera de agua y en él se forman olas como las del mar; tiene también muchos peces, unos parecidos a antorchas y otros pequeños semejantes a ascuas encendidas. A estos los llaman ‘lamparitas’<sup>111</sup>.

31 Hay una sola entrada estrecha a través de todos los ríos y el portero era Timón el ateniense<sup>112</sup>. Pasamos sin embargo, gracias a nuestro guía Nauplio, y vimos a muchos reyes que sufrían castigo y a muchos particulares, entre los que pudimos reconocer a algunos. Vimos también a Ciniras colgado de sus partes y atufado de humo. Contaron los guías la vida de cada uno y las culpas por las que reciben castigo. Sufrían las penas más duras los que habían inventado patrañas durante su vida y los que no cuentan historias verdaderas: entre ellos estaban Ctesias de Gnido, Heródoto y otros muchos<sup>113</sup>. Al ver yo a estos abrigaba buenas esperanzas para el porvenir, pues no tenía conciencia de haber echado jamás una mentira.

32 Volví enseguida al barco –no podía soportar aquella visión– y, tras despedirme cumplidamente de Nauplio, me hice a la mar.

A poco apareció cerca la Isla de los Ensueños, oscura y de visión incierta. Tenía también ella cierta semejanza con los sueños, pues al acercarnos nosotros se alejaba, huía y asomaba más allá. Le dimos por fin alcance, entramos en el llamado Puerto del Sueño<sup>114</sup>, cerca de las

111. *Lýchniskoi*.

112. Personaje que vivió a fines del s. v a.C. y encarna la figura del misántropo.

113. La inclusión de Heródoto en esta lista de historiadores mentirosos es injusta y exagerada.

114. Téngase en cuenta que el griego distingue el sueño como dormición (*hýpnos*) del sueño como visión (*óneiros*). El primero fue divinizado.

Puertas de Marfil donde está el santuario del Gallo<sup>115</sup>. Al atardecer desembarcamos. Entramos en la ciudad y vimos muchos y variados sueños. Pero primero quiero hablar de la ciudad, dado que nadie contó nada sobre ella y Homero, el único que la menciona, no la describe con mucho detalle.

A todo su alrededor se alza un bosque, sus árboles eran adormideras enormes y mandrágoras. Sobre ellas había una multitud de murciélagos: es éste el único pájaro que se cría en la isla. 33

Al lado corre un río llamado por ellos Nictívago<sup>116</sup> y hay dos fuentes junto a las puertas. Sus nombres son: Modorra y Larganoche<sup>117</sup>. La muralla de la ciudad era elevada y multicolor como el arco iris. No hay dos puertas como contó Homero<sup>118</sup>, sino cuatro: dos miran hacia la Llanura de la Flojera<sup>119</sup>, una hecha de hierro y la otra de arcilla. Dicen que por ellas salen los sueños terroríficos, sanguinarios y crueles. Las otras dos miran al puerto y al mar: una es la de cuerno (por la que entramos) y la otra la de marfil.

Conforme se entra a la ciudad, a la derecha, está el templo de la Noche —pues a esta es a la que más honran entre los dioses y también al Gallo cuyo templo está junto al puerto— y a la izquierda el Palacio de Sueño<sup>120</sup>, ya

115. *Alektryón* en griego. El gallo clausura con su canto el reino de la noche. Véase el opúsculo del mismo Luciano, *El sueño o El gallo*.

116. *Nyktíporos*.

117. *Négretos* y *Pannychia*. También en Troya había dos fuentes (*Iliada* xxii.147 ss.).

118. En el relato de *Odisea* xix.562 ss., los sueños que llegan a los hombres a través de las Puertas de Marfil son falsos y engañosos, mientras que los que les llegan por las Puertas de Cuerno son veraces.

119. *Blakeías Pedión*.

120. *Hýpnos*.



que este gobierna entre ellos, nombrando dos sátrapas o delegados: Pesadillesco<sup>121</sup>, hijo de Vuelvehuero<sup>122</sup>, y Ricolumbreras<sup>123</sup>, hijo de Fantasmón<sup>124</sup>. En medio de la plaza hay una fuente a la que llaman de la Galbana<sup>125</sup>. Al lado se alzan dos templos: el de la Mentira y el de la Verdad. Allí está su santuario y su oráculo, que

dirige con sus profecías Antifonte<sup>126</sup> el intérprete de los sueños, habiendo recibido este cargo del propio Sueño.

34 La naturaleza y figura de los sueños no era para todos la misma: los unos eran grandes, hermosos y bien proporcionados; los otros pequeños, deformes; unos relucientes de oro, al parecer, y los otros pobres y vulgares. Los había alados y portentosos; algunos arreglados como para un festival, bien como reyes o como dioses, los demás también estaban vestidos de otros personajes. Reconocí a muchos por haberlos visto antes en nuestro mundo. Ellos a su vez se me acercaron y saludaron como viejos conocidos. Nos tomaron y, tras adormecernos, nos hospedaron espléndida y debidamente. El resto de la acogida lo dispusieron con magnificencia y nos prometieron convertirnos en reyes o sátrapas. Algunos

121. *Taraxiôn.*

122. *Mataiogénes.*

123. *Ploutoklés.*

124. *Phantasiôn.*

125. *Karéôtis.*

126. Compuso una obra sobre la interpretación de los sueños mencionada por Jenofonte (*Memorables* I.6), Cicerón (*Sobre la adivinación* I.39 y I.116; II.144) y Diógenes Laercio, *Vidas...* II.46.



incluso nos llevaron a nuestra patria, nos enseñaron a los nuestros y en el mismo día nos hicieron regresar.

Estuvimos entre ellos treinta días y otras tantas noches pasándolo bien y dormidos. Luego, de pronto, estalló un gran trueno, nos despertamos, saltamos de la cama y, después de hacer provisión de víveres, nos hicimos a la mar. 35

De ahí a tres días tocamos tierra y desembarcamos en la isla Ogigia. Antes de entregarla abrí la carta y leí lo escrito. Decía así:

Odiseo a Calipso. Salud.

Has de saber que yo, en cuanto me hice a la mar con la balsa que me fabriqué junto a ti, naufragué y a duras penas pude, con la ayuda de Leucótea<sup>127</sup>, llegar a salvo a la tierra de los feacios, los cuales me enviaron a mi casa, donde encontré un gran número de pretendientes de mi mujer dándose la gran vida en mi hogar. Los maté a todos y luego fui muerto por Telégono, el hijo que tuve con Circe<sup>128</sup>. Ahora estoy en la Isla de los Bienaventurados, totalmente arrepentido de haber dejado mi vida junto a ti y la inmortalidad que me ofreciste. Si se me presenta la ocasión, correré a reunirme contigo.

Esto decía la carta y que nos acogiera en buena hospitalidad.

Yo avancé un poco desde la playa y encontré la cueva tal como la describe Homero<sup>129</sup> y a Calipso trabajando la lana. Cuando tomó la carta y la leyó, primeramente 36

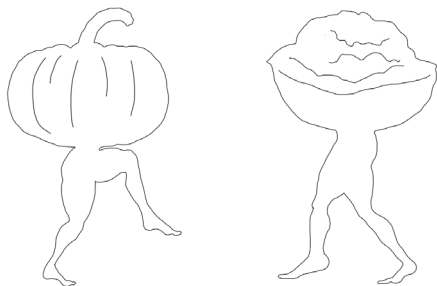
127. Diosa marina mencionada en *Odisea* v.333.

128. Este es el asunto de la *Telegonia*, poema perdido que se atribuye al poeta Eugamón (s. VI a.C.). Es una típica secuela de la *Odisea*.

129. *Odisea* v.55 ss.

lloró largo rato; luego nos agasajó con su hospitalidad y un espléndido banquete, nos preguntó por Odiseo y Penélope, interesada en saber cómo era de cara y si era tan decente como Odiseo aseguraba en tiempos con orgullo<sup>130</sup>. Le contestamos conforme a lo que creímos que sería más de su agrado. Volvimos luego junto al barco y dormimos en la playa.

37 Al amanecer zarpamos con un viento bastante recio. Después de sufrir los embates de un temporal durante dos días, al tercero topamos con los Calabazopiratas<sup>131</sup>. Son unos hombres salvajes de las islas vecinas que asaltan a los navegantes que pasan por allí. Sus barcos son grandes, de una longitud de sesenta codos, y están hechos de corteza de calabaza. En efecto, ponen a secar calabazas, las ahuecan sacándoles la pulpa y las botan al mar. Para los mástiles se sirven de cañas y en lugar de velas usan hojas de calabaza.



De modo que nos atacaron con sus tripulaciones e hirieron a muchos de los nuestros disparando pepitas

130. *Odisea* v.201 ss.

131. *Kolokyntoheirataí*.

de calabaza. La batalla naval se prolongó indecisa durante mucho tiempo hasta que a eso del medio día vimos navegar hacia los Calabazopiratas a los Boganueces<sup>132</sup>. Eran unos y otros enemigos declarados, según pudimos comprobar. En efecto cuando los Calabazopiratas vieron que los Boganueces les atacaban, se desentendieron de nosotros, viraron sus naves y las dirigieron contra estos.

Entretanto nosotros izamos velas y los dejamos en su particular batalla. Probablemente los Boganueces saldrían ganadores, puesto que eran más (disponían de cinco tripulaciones) y luchaban con naves más poderosas (eran medias cáscaras de nueces vacías, de quince brazas de longitud cada una<sup>133</sup>). 38

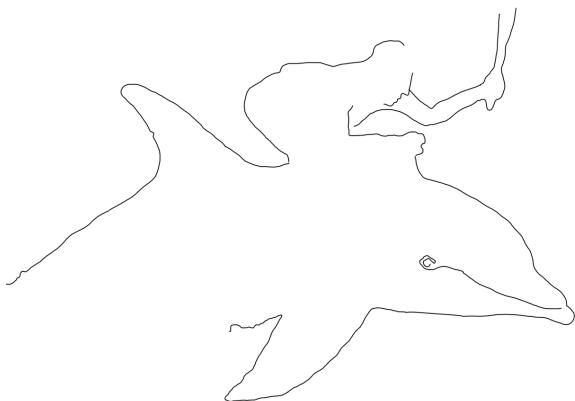
Una vez que los perdimos de vista, curamos a los heridos y luego nos mantuvimos armados y en guardia, dispuestos a recibir un ataque en cualquier momento. No en vano: aún no se había puesto el sol cuando desde una isla desierta se nos vinieron encima cosa de veinte hombres cabalgando a lomos de enormes delfines. Se trataba de otros piratas. Los delfines los transportaban con gran seguridad mientras daban saltos y relinchaban como caballos. Cuando estuvieron cerca, se separaron unos a un lado y otros a otro y nos dispararon con plumas de calamar y ojos de cangrejo. Les respondimos con una andanada de flechas y venablos sin que pudieran resistir: heridos los más, huyeron en dirección de la isla. 39

Hacia la media noche, estando la mar en calma, sin que nos diéramos cuenta, encallamos en un enorme nido de alción<sup>134</sup>. Tenía sesenta estadios de circunfe- 40

132. *Karyonaútai*.

133. 26,7 metros. La braza (*orgyiá*) tiene aproximadamente 1,78 metros.

134. Identificado a veces con el martín pescador, ave de la que



rencia<sup>135</sup>. La hembra del alción navegaba encima empollando los huevos y no resultaba mucho más pequeña que su nido. Al emprender el vuelo, poco faltó para que hundiera nuestro barco con el vendaval que levantaron sus alas. El pájaro se alejó lanzando un chillido quejumbroso. Desembarcamos y, al amanecer, pudimos ver bien el nido, semejante a una balsa enorme, construida con grandes ramas. Había en ella quinientos huevos, cada uno de ellos mayor que una tinaja de Quíos<sup>136</sup>. Ya se dejaban ver los polluelos dentro y piaban. Ayudándonos de hachas quebramos uno de los huevos y sacamos un pollo desplumado más gordo que veinte buitres.

se contaban historias fabulosas, como que anidaba sobre las olas y los vientos se calmaban en los días de la puesta de huevos. Véase Aristóteles, *Hist. anim.* 542b y la versión mitológica de Ovidio, *Met.* xl.410-748.

135. Unos 10 kilómetros y medio.

136. Esta tinaja (llamada *chous*) se usaba como medida de capacidad y equivalía a 3,24 litros.

Cuando en nuestra nave nos alejamos del nido una distancia como de doscientos estadios<sup>137</sup> se produjeron ante nosotros prodigios grandes y maravillosos: el cuello de cisne del mascarón de proa echó plumas y graznó. Esquíntaro el timonel, que era completamente calvo, crió pelos. Pero lo más estupendo de todo fue que el mástil de la nave retoñó y por arriba le salieron ramas con frutas en las puntas: higos y uvas negras en agraz<sup>138</sup>. Al ver esto, nos intranquilizamos como es natural e hicimos una súplica a los dioses por lo extraño del portento.

Aún no habíamos avanzado quinientos estadios cuando vimos una enorme y espesa selva de pinos y cipreses. Calculamos que podía ser un continente, pero era un mar insondable sembrado de árboles sin raíz. Sin embargo los árboles se mantenían firmes, inmóviles, derechos y como sobrenadando. Nos acercamos y, al percatarnos de la realidad, no sabíamos qué hacer, ya que ni era posible navegar a través de los árboles (porque eran gruesos y densos) ni era fácil darse la vuelta. Me subí al árbol más alto e intenté ver cómo era la otra parte. Vi que el bosque tenía unas dimensiones de cincuenta estadios, o poco más, y que más allá se divisaba otro océano.

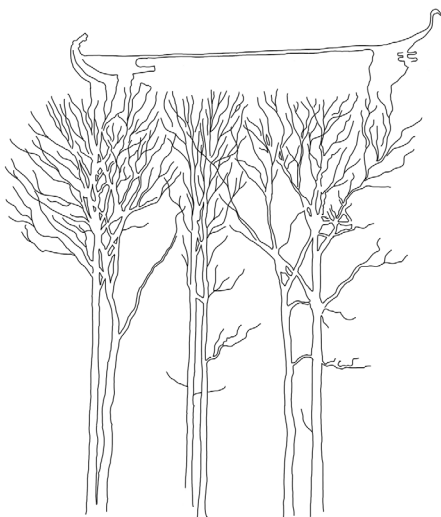
Decidimos colocar la nave sobre el ramaje de los árboles, que era espeso, y deslizarnos como pudiéramos sobre él. Así lo hicimos. Amarramos la nave con una larga maroma, ascendimos a la copa de los árboles y con gran trabajo la izamos a lo alto, la depositamos sobre las ramas, abrimos velas como en el mar y navegamos em-

137. Unos 35 kilómetros y medio.

138. Unos piratas raptaron a Dionisio y el dios manifiesta su poder haciendo que broten en el mástil de la nave pámpanos y yedras, sus plantas rituales. Cf. *Himnos Homéricos* VII.38; Ovidio, *Met.* III.664 ss.

pujados por un viento que iba arreciando. Me acordé yo del poema aquel de Antímaco<sup>139</sup> que dice:

A quienes navegan por boscosas rutas...



43 Pudimos sin embargo con la selva y logramos llegar al mar. Bajamos el barco del mismo modo que lo subimos y navegamos a través de aguas puras y diáfanas hasta que dimos con una honda sima, una suerte de grieta semejante a las que los terremotos ocasionan en tierra. Arriamos velas y por muy poco conseguimos que la nave se detu-

139. Antímaco de Colofón (floreció hacia el 400 a.C.) fue un poeta de carácter erudito. Compuso una epopeya (*Tebaida*) y un largo poema elegíaco (*Lyde*). Sólo se conservan escasos fragmentos de sus obras, entre ellos este que cita Luciano (fr. 62 Kinkel).

viera antes de precipitarse allí. Nos asomamos y vimos un abismo como de mil estadios<sup>140</sup>, muy espantoso y extraño. El agua se tenía firme en sus paredes como cortada a pico. Miramos alrededor y vimos a la derecha, no muy lejos, un puente de agua que unía los mares por su superficie y que iba de un mar a otro. Remamos hacia adelante y pasamos por él. Con gran dificultad pudimos cruzar al otro lado, cuando ya creíamos que no íbamos a poder.

Nos acogió entonces un mar llano y una isla grande, accesible y habitada. Vivía en ella un pueblo salvaje, los Cabezas-de-buey<sup>141</sup>, que son cornudos y parecidos a nuestras representaciones del Minotauro. Desembarcamos y nos internamos en la isla para ver si podíamos hacer la aguada y el aprovisionamiento de víveres, que se nos habían agotado. Agua encontramos allí cerca, pero víveres no había, aunque se escuchaban por los contornos repetidos mugidos. Creímos que era un rebaño de vacas, avanzamos un tanto y topamos con aquellos hombres.

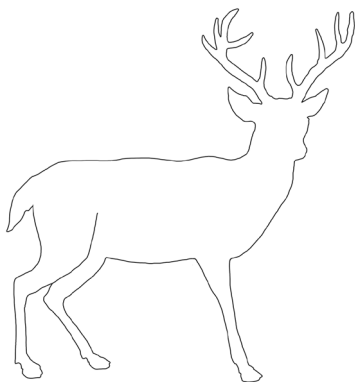
Al vernos, nos persiguieron y capturaron a tres de mis compañeros; los demás huimos hacia la playa. Tomamos las armas (que no nos pareció bien dejar sin venganza a nuestros camaradas) y caímos sobre los Cabezas-de-buey en el momento en que estaban repartiendo la carne de los prisioneros. Asustamos y perseguimos a todos ellos, matamos a unos cincuenta y cogimos vivos a dos. Regresamos con nuestros dos prisioneros, pero sin haber hallado ninguna comida.

Los demás aconsejaron degollar a los cautivos, pero yo no fui partidario de hacerlo, antes al contrario, hice que los ataran y los puse bajo custodia, hasta que se presentaron unos embajadores de los Cabezas-de-buey para ofre-

140. Unos 177 kilómetros y medio.

141. *Bouképhaloi*.

cer un rescate por ellos. Pudimos entenderlos porque hablaban por señas y lanzaban mugidos lastimeros en son de súplica. El rescate consistió en gran copia de quesos, pescado seco, cebollas y cuatro ciervas con tres patas cada una: las dos traseras normales y las dos delanteras fundidas en una sola. A cambio de todo ello les devolvimos los prisioneros, aguardamos una sola jornada y zarpamos.



45      Muy pronto se dejaron ver peces, volaron junto a nosotros pájaros y se produjeron todas esas señas que indican que la tierra está cerca. A poco trecho de allí vimos unos hombres avezados en un extraño género de navegación: ellos mismos eran los barcos y los tripulantes. Voy a explicar su forma de navegar. Se tienden de espaldas sobre el agua, enderezan la verga (que la tienen larguísima), extienden en ella una vela, sujetan con las manos el cordaje y navegan ayudados del empuje del viento.

Detrás de estos pasaron otros sentados sobre unos corchos a los que va uncida una collera de delfines con



sus riendas y todo. Los delfines nadan y arrastran los corchos. Estos cocheros ni nos atacaron ni huyeron de nosotros, sino que se nos acercaron confiados y sin miedo observándolo todo a nuestro alrededor y maravillándose del aspecto de nuestro barco.

Al atardecer arribamos a una isla no muy extensa. Estaba poblada por mujeres, según creíamos, que hablaban en griego. Se nos acercaron y nos dieron el saludo de bienvenida. Iban tan peripuestas como cortesanas, todas guapas y mozas, con unas túnicas que les llegaban a los pies. La isla se llamaba Encantadora y su capital Ilusiones<sup>142</sup>. Cada una de las mujeres tomó a uno de nosotros, lo llevó a su casa y lo hizo su huésped. 46

Pero yo me quedé aparte (pues aquello no me olía muy bien), exploré los alrededores y descubrí tirados muchos esqueletos y calaveras de hombres. Dar la voz de alarma, reunir a los compañeros y correr a las armas no me pareció lo más conveniente. Saqué la mata de malva y le supliqué devotamente que nos salvara de aquel peligro. Poco después, mientras mi anfitriona me servía la mesa, vi que sus piernas no eran piernas de mujer sino pezuñas de burro. Desenvainé la espada, la sometí, la amarré y le pregunté sobre todo aquello. A regañadientes, me confesó que ellas eran unas mujeres del mar llamadas Perniburras<sup>143</sup> y que se alimentaban de los extranjeros que arribaban a su tierra.

142. *Kabaloûsa e Hydamardía*. C. García Gual propone como traducción de estos fantásticos y dudosos topónimos lucianescos 'Engañosa', para la isla, y 'Espejismo', para la ciudad (Luciano de Samósata, *Relatos fantásticos*, p. 60, n. 129). A. Espinosa Alarcón (Madrid, Gredos, 1981, p. 225) traduce 'Hechicería' y 'Canal de Agua'.

143. *Onoskeleís*. En el folcklore de la Grecia antigua había unas mujeres malignas, especie de vampirasas con pies de bronce, las *empusas*.

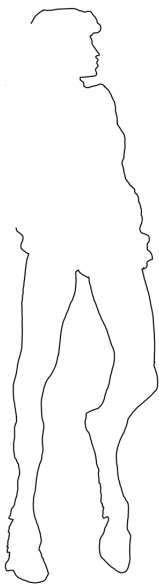
–Después de emborracharlos –me dijo– nos acostamos con ellos y, cuando ya se quedan dormidos, les atacamos.

Oído esto, la dejé allí amarrada, me subí al tejado, di la voz de alarma y convoqué a los compañeros. Una vez que estuvieron reunidos, les conté todo, les enseñé los huesos y los llevé al interior de la casa ante mi prisionera. La mujer, en un instante, se disolvió en forma de agua y desapareció. Hice la prueba de hundir mi espada en aquel agua y salió sangre.

47 Embarcamos rápidamente y nos hicimos a la mar. A las claras del día, avistamos tierra firme y supusimos que sería la región del mundo que se halla en la parte

opuesta a aquella donde nosotros vivimos. Primero nos echamos al suelo y rezamos en acción de gracias, luego estuvimos deliberando. A unos les parecía bien hacer solamente un desembarco y regresar sin más; otros, en cambio, querían dejar allí el barco y adentrarse en tierra para averiguar cómo eran sus habitantes. Mientras estábamos discutiendo, sobrevino una tempestad que arrastró el barco y lo destrozó entre las olas. A duras penas pudimos escapar a nado, llevando cada cual sus armas y lo que pudo.

Esto es lo que antes de llegar al otro extremo de la tierra me ocurrió en el mar, en las islas, en los aires, dentro de la ballena después, entre los Héroe y los Sueños una



vez que salimos de su vientre y, por último, entre los Cabezas-de-buey y las Perniburras. Lo que me sucedió al internarnos en aquella tierra lo contaré en los libros que siguen<sup>144</sup>.



144. Una última mentira, porque no hay más libros ni terceras partes.




ESTE VOLUMEN DE  
LA *HISTORIA VERDADERA* DE LUCIANO  
GOZÓ DE LA REVISIÓN TIPOGRÁFICA FINAL  
DE LOS 60 OJOS PARTICIPANTES EN EL PRIMER TALLER  
PRÁCTICO DE CREACIÓN EDITORIAL ORGANIZADO POR  
LA EXPERIMENTAL PRESS DE LA PIEDRA LUNAR  
Y CELEBRADO EN LA SEDE DEL CICUS,  
DURANTE SEIS DÍAS  
DEL AÑO 2013.









«Tras correr por los aires siete días  
y otras tantas noches, al octavo día divisamos en  
el cielo cierta tierra enorme, como una isla, brillante  
y esférica, resplandeciente de luz. Fuimos arrastrados  
hacia ella, atracamos y desembarcamos. Durante  
la exploración del país descubrimos que  
estaba habitado...»